

El nuevo pacto

CONTENIDO

1. El nuevo pacto (1)
2. El nuevo pacto (2)
3. El nuevo pacto (3)
4. El nuevo pacto (4)
5. El nuevo pacto (5)
6. El nuevo pacto (6)
7. El nuevo pacto (7)

PREFACIO

Este libro consta de siete mensajes que dio Watchman Nee en la segunda conferencia sobre los vencedores en octubre de 1931. Dichos mensajes se publicaron inicialmente en los números 23-26, 32-33 y 36 de *The Present Testimony* [El testimonio actual], una revista editada por Watchman Nee. Más adelante, en 1952, la Librería Evangélica de Shanghai publicó otro libro con este mismo título, antes de que Watchman Nee fuera encarcelado. Dicho tomo fue revisado y ampliado y se le incluyeron dos mensajes que Witness Lee había dado en 1949 en Shanghai sobre lo que es experimentar el nuevo pacto.

CAPITULO UNO

EL NUEVO PACTO

(1)

(Los siguientes mensajes sobre el nuevo pacto fueron dados por el hermano Nee en la segunda conferencia acerca de los vencedores, en octubre de 1931. Posteriormente se publicó un libro bajo el título El nuevo pacto, el cual es una versión ampliada de estos mensajes).

Lectura bíblica: Mt. 26:28

Quisiera hablarles acerca de la gracia de Dios y cómo ésta se manifiesta en el nuevo pacto. Muchas personas no entienden lo que significa el nuevo pacto y, como consecuencia, éste no ejerce ningún poder sobre ellos. Con motivo de esta conferencia he pedido a Dios que me dé el mensaje que debo compartir. Desde el principio he tenido el sentir de hablar sobre el nuevo pacto, y este sentir ha ido creciendo. Este mensaje sobre el nuevo pacto comunica la verdad central que el Señor nos ha confiado.

El creyente, aunque tenga poco tiempo de haberse convertido, debe saber por experiencia lo que es el nuevo pacto. Desafortunadamente, entre diez creyentes, posiblemente sólo uno lo sepa. El nuevo pacto es la base de lo que Dios hace. Nuestros pecados son perdonados con base en este pacto. Obedecemos a Dios y somos un testimonio apropiado, porque contamos con este pacto. Agradecemos a Dios porque este pacto no es nuestro, sino de El. Nuestros pecados son perdonados, obedecemos a Dios, testificamos, llevamos a cabo lo que El nos encomendó y descansamos, debido al pacto que El estableció.

Si un sastre no sabe utilizar las tijeras ni las agujas con habilidad, o aun peor, si no sabe nada acerca de ellas, no es sastre. Un carpintero que no sepa usar el serrucho ni el formón, no es carpintero; y un cocinero que no sepa cómo preparar platillos, no es cocinero. De la misma manera, si un cristiano no conoce el nuevo pacto por experiencia, no puede llevar a cabo el propósito de Dios.

Es reconfortante saber que aunque la enseñanza del nuevo pacto es una verdad que no tienen en cuenta, no la rechazan del todo. Muchas verdades son correctas, y aún así encuentran oposición. Hay muchas otras que se entienden, pero no les prestan la debida atención. No obstante, a pesar de que el nuevo pacto es una verdad fácil de olvidar, no es rechazada por los hombres.

La Biblia está formada por el Antiguo Testamento y el Nuevo. Sin embargo, hablando con propiedad, la Biblia no debe ser denominada como el Antiguo y Nuevo Testamentos, pues estos términos fueron inventados por los reformadores protestantes. Originalmente la Biblia no estaba dividida así, puesto que el Nuevo Testamento está comprendido en el Antiguo Testamento, y el Antiguo, en el Nuevo. El Señor Jesús llamaba a la Biblia: “La Escritura”. Siempre decía: “Como dice la escritura...” Nosotros, acostumbrados al uso común, la llamamos el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Aunque esta terminología no es muy acertada, los reformadores nos dejaron algo de luz para distinguir entre el antiguo pacto y el nuevo.

Un inglés conocido como “el alma más tierna del mundo”, distinguido por las cartas que escribía, en una ocasión escribió una que decía:

“Satanás tiene el agua, pero yo tengo el fuego. Si combatiéramos en el aire, el agua y el fuego chocarían con gran estruendo, pero yo no temería, porque el fuego es de Cristo; y si pongo el fuego en Sus manos, El mantendrá las brasas ardiendo”.

Esto se relaciona con Cristo, y se basa en Su pacto. El autor no rogó ni oró, ni luchó ni se esforzó; sólo confió y no tuvo temor ni aun cuando el combate era

como truenos. El sabía muy bien que Cristo se encargaría de mantener el fuego ardiendo. Este hermano sabía lo que era un pacto.

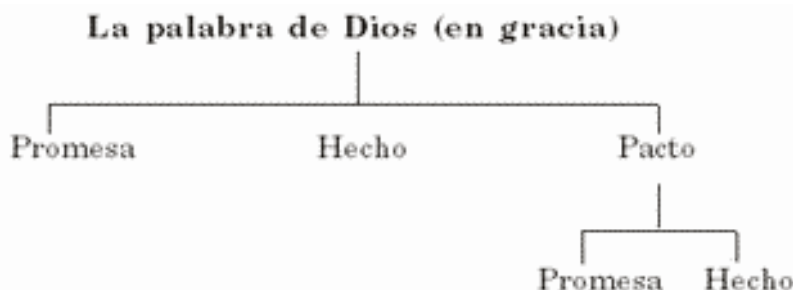
El señor A. M. Toplady (autor del himno “La roca de los siglos fue herida por mí”) tuvo tuberculosis por más de diez años. Cuando estaba muy enfermo, escribió un himno, el cual dice en una de sus estrofas:

Cuán dulce es
descansar en la
fidelidad del Señor
Pues Su amor es
maravilloso.
Cuán dulce es hallar
reposo en Su pacto de
gracia
Pues es digno de
toda confianza.

Lamentablemente muchos no saben cómo vivir confiando en la fidelidad y en el pacto del Señor. Podemos saber que la gracia del Señor es suficiente para nosotros, y que Su amor puede satisfacer nuestros corazones; sin embargo, hay cosas como la fidelidad de Dios y Su pacto de las cuales nada sabemos. Por lo tanto, quisiera hablar sobre este pacto. El hermano A. M. Toplady, nos muestra que no sólo descansamos en el amor de Dios, sino también en Su pacto.

¿QUE ES UN PACTO?

Todos sabemos que la Biblia es la Palabra de Dios. La Palabra de Dios nos revela que la gracia contiene tres cosas: promesas, hechos y pactos. También mandamientos, enseñanzas, leyes y declaraciones. Pero en lo que se refiere a su Palabra, la gracia consta de las tres primeras. Veamos el siguiente diagrama:



Para saber qué es un pacto necesitamos conocer la diferencia que existe entre una promesa y un hecho consumado. También necesitamos saber qué tienen en común estos dos. Después de conocer lo que significa un pacto, comprenderemos lo que es el nuevo pacto. La Palabra de Dios tiene dos

aspectos: uno es la confianza que deposita en el hombre, y el otro es la responsabilidad que le da.

¿QUE ES LA GRACIA?

La gracia es lo que Dios nos da sin que se lo pidamos. Si Dios requiere algo de nosotros, esto lleva consigo enseñanzas, mandamientos, leyes, entre otras cosas. Esto no es la gracia. La gracia está presente cuando Dios nos da algo, desea darnos algo o hace algo por nosotros. La Palabra de Dios define la gracia en tres aspectos: (1) Las promesas que Dios nos da, (2) los hechos que El realizó para nosotros y (3) los pactos que El establece con nosotros, los cuales llevará a cabo

A. Las promesas de Dios

Una promesa es muy diferente a un hecho. También existen diferencias entre una promesa, un hecho y un pacto. Una promesa se relaciona con el futuro, y un hecho, con el pasado. Una promesa es algo que se realizará en el futuro, mientras que un hecho es algo efectuado. Una promesa es lo que Dios hará por el hombre, mientras que un hecho es lo que ya hizo por él. Una promesa es condicional; en cambio un hecho es lo que Dios lleva a cabo por su misericordia. El sabe que no tenemos ni el poder ni la capacidad para seguir adelante, y por eso mediante la Biblia nos prometió cumplir tales promesas, las cuales llegan a ser hechos aun antes de llevarlos a cabo.

Permítanme darles un ejemplo que muestra la diferencia que existe entre una promesa y un hecho. Supongamos que usted es muy pobre. Un amigo suyo, al ver su situación, le dice que en tres días le enviará a un sirviente que le entregará mil dólares. ¿Qué es esto? Esto es una promesa. ¿Qué es entonces un hecho? El hecho consiste en que su amigo, al ver su pobreza, deposita la cantidad de dinero en una cuenta bancaria a nombre suyo, para que en el momento en que usted necesite el dinero, pueda usarlo. Este es un hecho. Una promesa es algo que se hará en el futuro, mientras que un hecho es algo que ya se cumplió, una acción que no requiere que uno le añada nada. En la Biblia podemos encontrar muchos ejemplos de estas dos palabras. Hay millares de promesas en la Biblia, y también muchos hechos. Si Dios dice que hará algo, y lo cumple, ésa es una promesa cumplida, y si dice que hizo algo, esto es un hecho. Las promesas de Dios tienen condiciones. Cuando nosotros cumplimos las condiciones, recibimos las promesas. Pero los hechos de Dios ya se realizaron; no es necesario cumplir ninguna condición; lo único que nos queda por hacer es creer en el hecho.

“Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra” (Ef. 6:2-3). Dios nos promete que nos irá bien y que viviremos una largos años sobre la tierra.

¿Significa esto que a todos les irá bien y que todos tendrán larga vida sobre la tierra? No. Esta promesa es sólo para aquellos que honran a sus padres. Como podemos ver, hay una condición. La mayoría de las promesas tienen condiciones. A Dios le place que a los hombres les vaya bien y que tengan larga vida; sin embargo, no a todos les va bien, ni todos viven largo tiempo porque no todos cumplen las condiciones. Si usted no cumple la condición, no recibirá esta promesa. La Biblia contiene algunas promesas que tienen condiciones y otras que no. Es posible que no se cumpla una promesa condicional. Con esto no digo que Dios no sea fiel, sino que para recibir el cumplimiento de la promesa uno tiene que cumplir la condición.

“Bendito sea Jehová, que ha dado paz a su pueblo Israel, conforme a todo lo que él había dicho; ninguna palabra de todas sus promesas que expresó por Moisés su siervo, ha faltado” (1 R. 8:56).

En 2 Crónicas dice: “Confírmese pues, ahora, oh Jehová Dios, tu palabra dada a David mi padre...” (2 Cr. 1:9).

Otro versículo dice lo siguiente: “Conforme al número de los días, de los cuarenta días en que reconocisteis la tierra, llevaréis vuestras iniquidades cuarenta años, un año por cada día; y conoceréis mi castigo” (Nm. 14:34). Según el idioma original, la expresión “*micastigo*” se puede traducir: “que olvidé mi promesa”.

En Romanos leemos: “Porque no por medio de la ley fue hecha a Abraham o a su descendencia la promesa de que sería heredero del mundo, sino por medio de la justicia de la fe. Porque si los que son de la ley son los herederos, vana resulta la fe, y anulada la promesa” (Ro. 4:13-14). Este versículo dice que si un hombre guarda la ley, existe la posibilidad de que la promesa se anule.

Y en Hebreos dice: “Y todos estos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron la promesa” (He. 11:39).

Con base en estos versículos, podemos ver muchos principios relacionados con las promesas. (1) Una promesa requiere que uno ruegue a Dios que la cumpla; también requiere oración y petición para que ésta se haga realidad en uno. No sólo vemos esto en la Biblia, sino también en nuestra experiencia. Un creyente no recibe las promesas de Dios si no ora. (2) Una promesa no sólo requiere que pidamos a Dios que se realice, sino que también debemos cumplir con las condiciones requeridas. Si no se cumplen las condiciones, la promesa se anula. ¿Por qué razón los dos millones de israelitas que salieron de Egipto no pudieron entrar a Canaán? y ¿por qué sólo después de muchos años entraron sólo dos israelitas vivos (Josué y Caleb) y dos israelitas muertos (Jacob y José)? Dios los

dejó vagar por el desierto durante cuarenta años, debido a que le desobedecieron en Cades-barnea. Esto demuestra que Dios anuló Su promesa. Sobre esta base, vemos que una promesa requiere oración. Si no somos fieles a la promesa y no cumplimos las condiciones, dicha promesa queda sin efecto. Dios cumple Su promesa cuando las condiciones son satisfechas. (3) No sólo el pecado puede anular las promesas de Dios. En Romanos 4 dice que cuando actuamos con nuestra energía natural e independientes de Dios, la promesa se anula. (4) Existe otro grupo de personas que aunque han orado y no han pecado ni han hecho nada apoyados en su energía natural ni aparte de Dios, y no hacen otra cosa que procurar el bien o guardar la ley, ellos aún permanecen sin recibir la promesa. Esto se debe a que su tiempo aún no ha llegado. Ellos tienen que esperar algún tiempo hasta recibir la promesa.

¿Cómo se cumple en nosotros la promesa de Dios? Cada vez que encontramos una promesa en la Palabra de Dios, debemos dedicar cierto tiempo orando hasta que el Espíritu de Dios se incremente en nuestro interior, y tengamos la profunda convicción de que tal promesa es para nosotros. Cuando una promesa no tiene condiciones, podemos recibirla de inmediato valiéndonos de nuestra fe considerándola nuestra, creyendo que Dios obrará según lo prometido. Puesto que El lo prometió, lo cumplirá. El cumplirá en nosotros lo que prometió. Entonces podremos alabarle y agradecerle, basados en esta fe. Si una promesa tiene una condición, tenemos que cumplirla, obedecerla y proceder según lo requerido. Después debemos acudir a Dios en oración y pedirle que cumpla Su promesa en nosotros, por Su fidelidad y Su justicia. Debemos orar hasta que la fe inunde nuestro ser. Cuando esto suceda, no necesitaremos orar más, pues sabremos que Dios escuchó nuestra oración, y por esto lo alabamos y le damos gracias. Pronto veremos que todas las promesas de Dios se cumplen en nosotros.

B. Los hechos

En la Biblia encontramos muchos hechos que ya se han cumplido. Un hecho es una obra efectuada. Decirlo de esta manera puede ayudarnos a entenderlo más fácilmente. ¿Qué es un hecho? La muerte de Jesucristo en la cruz es un hecho, así como la venida del Espíritu Santo. ¿Son éstas promesas? Siendo exactos, ya dejaron de serlo. Eran promesas en el Antiguo Testamento, pero se convirtieron en hechos. Dios prometió en el Antiguo Testamento que el Señor Jesús nacería de una mujer, bajo la ley, y que redimiría a los hombres que se encontraban bajo esa ley. Tal promesa ya se cumplió. Algunas de las promesas del Antiguo Testamento ya son hechos consumados. ¿Podemos arrodillarnos ante Dios y pedirle que envíe al Señor Jesús a morir por nosotros y a redimirnos de nuevo? ¡Por supuesto que no! No obstante, he escuchado a muchos orar de esta manera. Salomón oró para que Dios cumpliera y realizara en él lo que había prometido a

David, pero no le pidió que lo hiciera rey, pues ya lo era. No tiene sentido pedir algo que ya es un hecho. La crucifixión del Señor Jesús se cumplió una vez y para siempre. Lo mismo sucede con el advenimiento del Espíritu Santo; no necesitamos orar ni suplicar para que se lleve a cabo.

La Biblia nos muestra que en Cristo ya se cumplieron muchas otras cosas que se relacionan con la vida y la piedad, las cuales han llegado a ser hechos. En cuanto a las promesas de Dios, tenemos que orar. Si no lo hacemos, las perderemos, ya que Dios no tomará la iniciativa para cumplirlas. ¿Quiere decir esto que si no oramos, Dios no cumplirá en nosotros Sus hechos? ¿Qué diremos de lo que el Señor Jesús ya logró? Un hecho es un hecho, y no necesitamos pedir ni suplicarle a Dios que lo realice. Lo único que tenemos que hacer es creer. La Palabra de Dios nos muestra que inclusive un pecador moribundo puede ser regenerado y salvo inmediatamente, si cree en la Palabra de Dios y acepta Sus hechos. Esto es posible gracias a que la obra redentora de Cristo ya se efectuó. En la Biblia Dios no nos pide que hagamos algo con respecto a lo que El considera un hecho efectuado. Sencillamente debemos creer.

Una promesa es muy diferente, pues puede aplazarse; mientras que un hecho, no. No podemos recibir los hechos de Dios y al mismo tiempo decir que Dios nos concede lo que deseamos sólo después de mucho tiempo. No podemos impedir lo que Dios ya realizó y nos concedió en Cristo. Dios mismo no puede aplazar Sus hechos ni demorarse en dárnoslos. Cualquier demora o retraso sería una contradicción del hecho.

La redención y el advenimiento del Espíritu Santo no son los únicos hechos que ya han acaecido; muchas otras cosas que a diario intentamos resolver y no logramos cumplir son hechos. Con respecto a este punto, vemos en Efesios 2:1-10: “Y vosotros estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, del espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros nos conducíamos en otro tiempo en las concupiscencias de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás; pero Dios, que es rico en misericordia, por Su gran amor con que nos amó, aún estando nosotros muertos en delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvos), y juntamente con El nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las superabundantes riquezas de Su gracia en Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia habéis sido salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos

en ellas. Aún estando nosotros muertos en delitos, nos dio vida juntamente con Cristo ... y juntamente con El nos resucitó y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús”.

Hermanos y hermanas, en los versículos 5 y 6, la palabra “juntamente” se usa tres veces. ¿Son estas palabras promesas de Dios o hechos? Dios no dijo que para resucitar y ascender, debemos hacer lo bueno y vencer al mundo. Cuando El resucitó a Cristo, nos resucitó a nosotros juntamente con El, y cuando hizo que Cristo ascendiera, también a nosotros nos hizo ascender. Todos éstos son hechos cumplidos. ¿Puede acaso alguno de nosotros pedirle a Dios que lo resucite y le permita ascender con Cristo? ¡De ninguna manera! No es necesario. Si usted ya se unió a Cristo, ya resucitó y ascendió. No hay que pedir tales cosas. Si solamente fuera una promesa, tendríamos que orar, pero dado que es un hecho, no es necesario hacerlo. Debemos prestar atención a esto. Muchos no ven la diferencia que existe entre las promesas de Dios y los hechos; piensan que deben pedir para poder obtener algo que ya es un hecho. Y ¿cuál es el resultado de esto? El resultado es que cuanto más oran, más pierden su fe. Esa oración debilita la fe. Lo único que tenemos que hacer es aplicar los hechos de Dios; no necesitamos pedirlos, sino sólo aplicarlos.

Dios nos muestra que los hechos que El realizó a nuestro favor ya se cumplieron; y no necesitamos orar al respecto. Nosotros morimos, resucitamos y ascendimos juntamente con Cristo. Esto ya sucedió. No pidamos que Dios nos dé una vida resucitada y ascendida. Si hacemos esto, Dios nos responderá: “Vosotros ya tenéis esta vida”. Los creyentes ya recibieron una vida resucitada y ascendida. Si pensamos que sólo pidiéndola podemos obtenerla, ponemos de manifiesto que aún no conocemos las obras que Dios ya realizó. Una promesa es algo que Dios nos dará en el futuro, mientras que un hecho es algo que ya nos dio. Una promesa es la palabra que Dios nos da cuando estamos en dificultades, y oramos pidiéndole que nos ayude. Si nos asimos de tales promesas, El nos ayudará. Los hechos son todo aquello que pertenece a la vida y a la piedad y que Dios ya nos entregó en Cristo. Estas son obras que Dios ya realizó y nos dio, y por las cuales no necesitamos orar. Lo único que tenemos que hacer es aplicarlas. ¡Aleluya! Estos hechos gloriosos ya se realizaron y son nuestros.

Cuando leemos la Biblia, es muy importante determinar cuáles son las promesas de Dios y cuáles son Sus hechos. Cada vez que leamos acerca de la gracia de Dios y de las obras que El hizo por nosotros, debemos preguntarnos si esto es una promesa o un hecho. Si es una promesa, debemos cumplir sus condiciones y orar mucho, hasta que Dios nos dé la certeza de que esa promesa es nuestra. Entonces tendremos fe, pues creeremos que Dios escuchó nuestras oraciones, y espontáneamente lo alabaremos. Aunque la promesa de Dios no se cumpliera inmediatamente, diríamos por fe que ya es nuestra.

¿Qué debemos hacer si se trata de un hecho? ¿Podemos pedirle que lo cumpla de nuevo, que lo haga una realidad, o que nos lo vuelva a dar? Si usted le pidiera a Dios que lo resucitara con Cristo. El respondería que ya lo hizo. Todos los hechos que constan en la Biblia, ya se llevaron a cabo, y no se pueden efectuar de nuevo. Cuando veamos un hecho, inmediatamente usemos nuestra fe y démosle gracias a Dios, porque es un hecho, un asunto resuelto. Debemos creer que nuestra vida corresponde al hecho y empezar a vivir de acuerdo a ello. Al hacerlo mostramos nuestra fe. Dios afirma que ya resucitamos y ascendimos. No necesitamos pedir que esto se realice de nuevo. Debemos creer que en efecto ya resucitamos y ascendimos, y agradecer a Dios por esta realidad. Con respecto al mundo y a Satanás, debemos adoptar la actitud de personas resucitadas y ascendidas que no están esperando este suceso ni que esto suceda algún día, sino que tienen la certeza de haber resucitado y ascendido.

Cuando leemos la Biblia, debemos cuidadosamente identificar los hechos que Dios realizó y usar nuestra fe con respecto a cada uno de ellos; además, debemos creer que tales hechos, según la Biblia, ya se realizaron. Así, nuestra vida espiritual será mucho más rica; pero si no creemos, tenemos que admitir francamente que nuestros corazones son malignos e incrédulos. Debemos pedirle a Dios que tenga misericordia y quite de nosotros el corazón de incredulidad. Lamentablemente, aunque Dios llevó a cabo muchos hechos, nosotros no los experimentamos por nuestra falta de fe.

Podemos tomar Romanos 6:6 como ejemplo. “Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El para que el cuerpo de pecado sea anulado, a fin de que no sirvamos más al pecado como esclavos”. Este versículo habla de tres cosas: el pecado, el viejo hombre y el cuerpo de pecado. El pecado es el amo, el viejo hombre, el cual se complace en el pecado; es el yo; y nuestro cuerpo el cual practica el pecado exteriormente, es la marioneta del viejo hombre. El pecado es el amo que dirige al viejo hombre y hace que éste, a su vez, dirija el cuerpo de pecado. Por lo tanto, cuando alguien peca, no debe culpar solamente al diablo ni al pecado interior, sino al viejo hombre. Nosotros tenemos el pecado por dentro. A este pecado es a lo que llamamos comúnmente el pecado que está en nuestra naturaleza. El viejo hombre abarca todas las cosas que provienen de Adán. El viejo hombre sigue la dirección del pecado y hace que el cuerpo peque. El cuerpo es simplemente el esclavo visible. Algunos piensan que la manera de ser librados del pecado es erradicar la raíz del pecado interiormente, mientras otros creen que es suprimir exteriormente el cuerpo de pecado. Pero la manera en que Dios opera es completamente diferente a la humana; El incapacita al viejo hombre. Cuando el Señor Jesús murió en la cruz, Dios también nos crucificó ahí con El. “...Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El” (6:6). En el momento en que el Señor Jesús fue crucificado, nosotros también fuimos crucificados. Dios ya eliminó nuestro viejo hombre. En

muchas ocasiones cuando hemos querido terminar con nuestro viejo hombre por nuestra cuenta, hemos descubierto que éste todavía vive. Agradecemos a Dios porque el Señor Jesús ya crucificó nuestro viejo hombre, y porque Dios puso en nosotros la vida de resurrección de Cristo. Este es nuestro nuevo hombre. El pecado no ha cambiado, ni tampoco el cuerpo de pecado. Dios clavó al viejo hombre en la cruz y puso en nosotros el nuevo hombre. Debido a que el viejo hombre fue crucificado y a que el nuevo hombre está en nosotros, tenemos nuevas esperanzas, nuevos deseos, nuevas inclinaciones y nuevos pensamientos. Aunque el pecado sigue siendo poderoso, ya no puede dirigir el cuerpo. Es como si el cuerpo hubiera quedado sin uso. En el lenguaje original la expresión “anulado” tiene el sentido de carente de uso. Cuando Dios crucificó al Señor Jesús junto con nuestro viejo hombre, el cuerpo de pecado quedó inutilizado. Puesto que el hombre viejo murió, la lengua jactanciosa, la mano precipitada y los ojos divagantes quedaron desempleados, y como resultado, ya no somos esclavos del pecado.

Algunos han dicho que nuestro cuerpo nos ha causado un serio daño, y que por eso debemos suprimirlo. Otros opinan que la raíz del pecado nos ha herido mucho, y que, por ende, la debemos erradicar. Pero Dios no dice eso. Dios no dirige Su acción a la raíz del pecado, ni tampoco al cuerpo del pecado, sino a nuestro hombre viejo, al cual crucificó junto con el Señor Jesús. Como resultado, el cuerpo de pecado queda inutilizado, y el pecado ya no es el amo. La raíz del pecado y el cuerpo de pecado todavía existen, y aunque la raíz del pecado todavía trata de tentarnos, el hecho de que tenemos el hombre nuevo y de que nuestro hombre viejo fue crucificado, hace posible que cada uno de nosotros experimente la victoria.

Muchos preguntan: “¿Por qué no puedo vencer el pecado?” Me temo que el problema es que únicamente conocen las promesas de Dios, no Sus hechos. Ellos tratan los hechos de Dios de la misma manera en que tratan Sus promesas. Piensan que antes de obtener la victoria sobre el pecado, necesitan recibir “una segunda bendición”, que Dios elimine la raíz del pecado. El Señor Jesús ya murió y resucitó. No obstante, muchos creen que aunque Cristo ya fue crucificado, ellos aún no lo han sido. Otros piensan que aunque Cristo resucitó, ellos todavía no. Infinidad de creyentes no entienden el hecho de que el hombre viejo ya fue crucificado, y por eso ruegan a Dios que crucifique su hombre viejo. Puesto que no comprenden que ya resucitaron, le piden a Dios que les dé la vida de resurrección. No se dan cuenta de que lo que piden es imposible, porque Dios ya lo realizó. Una vez que Él lleva a cabo algo, queda establecido para siempre y no lo repite. Si no podemos distinguir entre las promesas y los hechos, no podremos avanzar en nuestra jornada espiritual, porque el primer paso de esta jornada, la victoria sobre el pecado, no lo hemos dado. Una promesa es algo que

se hará, mientras que un hecho es algo que ya se realizó. Dios no tiene necesidad de realizar el hecho de nuevo.

Algunos preguntan: “Si esto es así, ¿por qué seguimos pecando? y si el hombre viejo ya fue crucificado, y tenemos el hombre nuevo, ¿por qué todavía estamos en pecado?” Esto nos lleva a hacernos una nueva pregunta.

¿Qué debemos hacer para entender los hechos que Dios ya realizó?

Muchos cometen el error de confundir los hechos de Dios con las promesas. El hombre viejo ya fue crucificado. Sin embargo algunos siguen pensando que Dios sólo prometió crucificarlo, y por eso creen que deben pedirle a Dios que crucifique el hombre viejo. Cuando pecan, piensan que su hombre viejo no ha sido crucificado, así que le vuelven a pedir a Dios que lo crucifique. Cada vez que tropiezan con tentaciones, piensan que el viejo hombre no ha sido eliminado, y de nuevo piden a Dios que le ponga fin. No alcanzan a entender que los hechos de Dios son diferentes a Sus promesas. Dios ya hizo muchas cosas, pero no promete cosas que ya realizó.

Por eso, no necesitamos pedir ni orar fervientemente, sino creer. En relación con los hechos de Dios, sencillamente debemos creer; si lo hacemos, los experimentaremos. Primero viene el hecho, luego la fe, y después la experiencia (éste es el orden que Dios estableció, y es también un principio que debemos seguir en nuestra vida espiritual). Debemos hacer lo siguiente: primero, debemos conocer los hechos de Dios, los cuales El nos revela por el Espíritu Santo. Segundo, una vez que conozcamos Sus hechos con respecto a cierto asunto, debemos asirnos de la Palabra de Dios y creerla. Los hechos de Dios lo afirman, y nosotros aceptamos que somos lo que Su palabra dice. Tercero, debemos usar la fe, darle gracias a Dios porque somos lo que El dice, y *vivir* de acuerdo con lo que ya somos. Cuarto, siempre que se nos presenten tentaciones y pruebas, debemos creer que la Palabra de Dios y Sus hechos son más fidedignos que lo que experimentamos. Tenemos que creer plenamente en la Palabra de Dios, y El se encargará de darnos la experiencia correspondiente. Si sólo ponemos atención a nuestra experiencia, fracasaremos. Debemos creer en los hechos de Dios. Esta es nuestra única responsabilidad. Permitamos que El se encargue de nuestra experiencia, pues ésta es Su responsabilidad.

La base de la experiencia cristiana se halla en Romanos 6:6. Lo único que tenemos que hacer es permitir que el Espíritu de Dios nos *muestre* que nuestro hombre viejo está crucificado, y asirnos a Su palabra dando por sentado que estamos muertos al pecado. Entonces, debemos vivir considerándonos realmente muertos, aun cuando seamos tentados. Debemos concederle más crédito a lo que Dios realizó, que a lo que sentimos o experimentamos. Si

hacemos esto, la experiencia vendrá automáticamente. Debemos observar que lo que Dios hizo no llega a ser real para nosotros por seguir este proceso, sino que lo hacemos porque lo que Dios ya hizo es real.

Si nuestro hombre viejo no hubiera muerto todavía, sería correcto orar y pedir que Dios lo crucificara. Pero la crucifixión es un hecho cumplido, y si nosotros todavía pedimos que Dios la efectúe, lo único que dejamos en evidencia es que carecemos de fe. Dios permita que nuestra fe sea más fuerte ante El. Tengo que admitir que si yo no hubiera pasado por una enfermedad durante los últimos tres años, no entendería lo que es la fe. He conocido hermanos en diferentes lugares, pero pocas veces he encontrado a alguien que crea verdaderamente en Dios. ¿Qué es la fe? Es creer lo que Dios dijo. Es creer todo lo que concuerde con Su palabra. Si Dios dijo que el hombre viejo está muerto, así es. Es un hecho que nuestro hombre viejo está muerto, pues Dios le dio fin por medio de Cristo. Dios envió a Su hijo para que llevara a cabo una obra completa en nuestro favor, y nos lo reveló en la Biblia. Lo que El hizo ya se concluyó, y nosotros debemos aceptarlo con un corazón humilde, creyendo que Su palabra es veraz. Que nuestro corazón de incredulidad endurecido y maligno sea quebrantado para que reciba la gracia de Dios.

Muchos no comprenden cuán importante es la fe y piensan que la obediencia es más importante. En realidad, la fe y la obediencia tienen tanta importancia en la Biblia como en nuestra vida espiritual. La fe viene primero, y después la obediencia. Uno debe tener fe para poder obedecer. Qué desventurado es quien trata de obedecer sin creer.

Debemos tener fe porque los hechos requieren nuestra fe. La fe es la única manera en que los hechos pueden convertirse en experiencias. Los hechos efectuados por Dios sólo pueden hacerse realidad en Cristo. Puesto que los hechos llevados a cabo por Dios se experimentan en Cristo, sólo los podemos disfrutar cuando estamos en El. Cuando creemos en Cristo y estamos unidos a El, podemos experimentar los hechos que Dios realizó en El. Debemos tener presente que separados de Cristo, tales hechos dejan de ser reales, lo cual significa que únicamente son verdaderos en El. Estar en Cristo es unirse a El. Esto sucede cuando somos salvos. Aunque muchos creyentes están en Cristo, no permanecen en El ni usan la fe para mantener la posición que Dios les dio, la cual está en Cristo; y como consecuencia, no perciben los hechos de Dios.

Hermanos, la fe es muy importante. Solamente cuando creemos, estamos en Cristo; y solamente cuando permanecemos en El, los hechos de Dios llegan a ser nuestros. Qué Dios abra nuestros ojos para que veamos que en Cristo estamos muertos, ya resucitamos y ascendimos. Debemos creer que esto es una realidad

en Cristo. Cuando no tenemos fe, estamos separados de El y no podemos experimentar los hechos realizados en Cristo. ¡Que Dios nos conceda esta fe!

CAPITULO DOS

EL NUEVO PACTO

(2)

Lectura bíblica Mt. 26:28

Anteriormente hablé acerca de la diferencia que existe entre una promesa y un hecho. Sin embargo, quisiera añadir algo al respecto.

Una promesa es lo que Dios afirma antes de que se realice, y un hecho es lo que El declara después de que se ha llevado a cabo. Una promesa muestra la intención de Dios antes de realizarla, pero un hecho es Su declaración después de haber consumado el hecho. Esta es la diferencia entre la promesa de Dios y Su acción.

Debemos tener presente que para que se cumplan las promesas de Dios es necesario que los creyentes las reciban por la fe, pero los hechos y los actos que Dios ha realizado, además de recibirlos por fe, debemos aplicarlos contando con que ya se efectuaron. Una vez que Dios da algo, no es necesario volver a pedirlo; sólo tenemos que aplicar lo que Dios ya nos dio.

Examinaremos con más detenimiento la diferencia entre las promesas de Dios y Sus hechos. Cuando leamos la Biblia, debemos preguntarnos si lo que leemos es una promesa o un hecho. Si es una promesa, debemos pedirla con fe para recibirla. Si se trata de un hecho, no es necesario pedirlo; lo que tenemos que hacer es aplicarlo y experimentarlo por fe.

Esto es todo lo que diré al respecto. Pasemos ahora a examinar la diferencia que hay entre un pacto con juramento dado por Dios y Sus promesas y hechos. Ya vimos que lo dicho por Dios en cuanto a la gracia incluye tres aspectos: las promesas, los hechos y los pactos. Dediquemos nuestra atención a los pactos.

Toda persona que ha sido instruida por la gracia, debe alabar a Dios por haber establecido Sus pactos con el hombre. Si nunca hemos afrontado dificultades, no conocemos lo maravilloso y precioso que es el pacto de Dios. ¿Por qué razón Dios hace pactos con el hombre? ¿Acaso no basta con Sus promesas? Indiscutiblemente las promesas de Dios son valiosas, pero si nunca hemos experimentado pobreza ni sufrimientos ni enfermedades ni peligros, no las podemos apreciar. Si somos pobres, las promesas de Dios nos proveerán lo

necesario; entonces nos daremos cuenta de que ellas son el maná de los cielos y los manantiales en el desierto. Si nos enfermamos gravemente y no tenemos quién nos ayude, las promesas de Dios estarán allí y nos sanarán. Cuando estamos en peligro y sufriendo, los mensajeros de Dios velan por nosotros, ministrándonos y confortándonos de acuerdo con Su palabra. Entonces entenderemos que las promesas de Dios son tan dulces como la miel, tan refrescantes como el agua y como una roca que nos brinda su sombra en tierra árida. Amparados por ellas, no corremos peligro, somos reanimados y hallamos reposo. A menos que pasemos por tribulaciones, sufrimientos y peligros, nunca conoceremos lo valiosas y reconfortantes que son estas promesas.

Las promesas de Dios son invaluable, pero Sus hechos están más disponibles que ellas. Dios no solamente nos dio promesas, las cuales se cumplirán; sino también hechos, los cuales ya se efectuaron. En la actualidad, Dios no sólo nos da promesas y hechos, sino que también pacta con nosotros. Dios se complace más en hacer un pacto con nosotros, que en prometernos algo o en realizarlo a nuestro favor. Cuando Dios establece un pacto con nosotros, se compromete a Sí mismo. Un pacto limita a Dios y lo constriñe a darnos lo que El es.

¿Quién establece los pactos con el hombre? Dios. ¿Sabe usted lo que es un pacto? Es un acuerdo legal estipulado dentro de la justicia y el derecho. Al hacer un pacto se terminan las especulaciones y anhelos personales, y no se depende de la gracia, porque éste se ejecuta con base en la justicia y la rectitud. Supongamos que me comprometo personalmente a darle cinco dólares a un hermano cada mañana. Independientemente del motivo por el que lo haga, puesto que hice un pacto y lo firmé, sería injusto y deshonesto, me contradiría y sería infiel a mi propia palabra si no lo cumplo. Además, esto rebajaría inmediatamente mi moral. Hacer esto sería actuar en contra de la ley y la justicia. ¿Se da cuenta de que cuando Dios pacta con el hombre, se restringe a Sí mismo? Dios puede tratar al hombre como a El le plazca. Puede ser bondadoso, o puede ser severo; protegerlo hoy y al día siguiente abandonarlo. Si Dios no estuviera atado por un pacto, podría actuar con libertad y de acuerdo a Su propia voluntad. Si El no hubiera hecho un pacto, actuaría libremente y podría elegir entre hacer algo o no hacerlo. Pero dado que hizo un pacto, está atado y tiene que actuar según El mismo lo dispuso. ¡Aleluya! Dios se comprometió por este pacto. Dios sacrificó Sus deseos y Su libertad por causa de este convenio. Hermanos, ¿se dan cuenta de que ésta es la máxima expresión de la gracia? Esto no es sólo la promesa de Dios de proveernos abundantemente alimento y abrigo, o de librarnos de peligros y sufrimientos; ni tampoco es sólo la manifestación de los hechos que Dios realizó para que podamos aplicarlos. Consiste en que Dios mismo toma nuestra posición e interpone un pacto que debe cumplir. Aunque El no quisiera, tendría que cumplirlo, porque no puede

deshacer el pacto. ¡Qué maravilloso es ver que Dios haya ratificado Sus pactos con nosotros!

La diferencia que hay entre los pactos y la gracia es similar a la diferencia entre la ley y la gracia. Por ejemplo, si durante una inundación, unos damnificados vinieran a pedirnos ayuda, la decisión de ayudarlos estaría en nuestras manos. Tendríamos la opción de ayudarlos o de no hacerlo. Tendríamos completa libertad de hacer lo que quisiéramos. Pero es muy distinto si convenimos en proveer alimento para ellos por tres meses. Darles alimento voluntariamente a estas personas es considerado gracia de nuestra parte, pero si nos comprometemos a hacerlo, entonces dicha acción se convierte en un asunto de rectitud y justicia. Sería el cumplimiento de un compromiso previo. Simplemente estaríamos cumpliendo lo que convenimos. Si no les brindáramos alimento, no sólo seríamos inmisericordes sino también injustos, pues lo que se promete debe cumplirse. Dios hizo un pacto con nosotros, y también nos hizo promesas. Si El no actuara según Sus promesas, ¿no sería infiel e injusto? Si Dios no nos promete nada, simplemente diremos que El no es bondadoso ni misericordioso con nosotros. Pero si nos promete algo y no lo cumple diremos que es injusto. ¿Quién puede decir que Dios es injusto? Dios puede limitar Su libertad, pero no puede ser injusto.

Veamos en la Biblia cómo se distinguen los pactos, los hechos y las promesas. En Hebreos 6:13-18 dice que hay dos cosas que no pueden ser cambiadas: las promesas de Dios y Su juramento. Abraham fue grandemente animado por esto. Dios hizo un pacto con Abraham, e hizo dos cosas inalterables: una promesa y un juramento. Veamos esto en más detalle.

Leamos Génesis 15:1-13. Esta porción de la Palabra muestra la promesa que Dios hizo a Abraham, de darle descendencia y una tierra. Dios le dijo: “No temas, Abraham; Yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande” (v. 1). Cuando Abraham oyó esto, dijo: “Señor Jehová, ¿qué me darás, siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es ese damasceno Eliezer?” (v. 2). Esta respuesta de Abraham muestra que él aún no había creído en la promesa de Dios. Dios le contestó: “No te heredaré éste, sino un hijo tuyo será el que te heredaré” (v. 4). El versículo 6 dice: “Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia”. Presten atención a éste versículo. ¿De qué habló el Señor a Abraham? Le habló de una promesa, no de un hecho. Dios le prometió a Abraham que tendría un hijo, y que su descendencia sería numerosa. El Señor le pidió que contara las estrellas del cielo si podía, y le dijo que así de numerosa sería su descendencia. Esto por supuesto no es un hecho, sino una promesa. En aquel entonces Abraham no tenía hijos, y la promesa todavía no se cumplía; pero él la creyó, por lo cual Dios se agradó de él y lo justificó. Por lo tanto, Abraham llegó a ser un gigante de la fe.

Las promesas de Dios son inmensurables, y nuestra capacidad de contenerlas es limitada. Es posible que creamos una de las promesas que Dios nos hace, pero debido a lo pequeño de nuestra fe, no creemos las demás. Tal vez pensemos que creer una promesa es una cosa extraordinaria y que no tenemos la capacidad de recibir mayores bendiciones. Pero si creemos la primera promesa de Dios, El nos faculta para creer las demás.

Dios sacó Abraham de su tienda y le dijo que mirara los cielos y contara las estrellas, si podía, y añadió: “Así será tu descendencia”. Abraham creyó esta promesa, y como resultado, vino la segunda promesa de Dios. El versículo siete dice: “Yo soy Jehová, que te saqué de Ur de los caldeos, para darte a heredar ésta tierra”. Dios prometió que la simiente de Abraham sería tan numerosa como las estrellas, y que Canaán, una tierra en la que fluían leche y miel, sería dada a su descendencia. ¿Qué hizo Abraham cuando oyó esta promesa? Desafortunadamente su capacidad para recibir era muy pequeña, y en el versículo 8 respondió: “Señor Jehová, ¿en qué conoceré que la he de heredar?” Abraham dudó, pues esta promesa era demasiado grande. ¿Cómo podría saber Abraham que recibiría la tierra de Canaán por herencia? ¿Cómo podría creer tal promesa? Cuando Dios le dijo que él tendría descendencia, lo creyó, pero cuando le dijo que heredaría la tierra, Abraham dudó. Aunque podía creer en una descendencia tan numerosa como las estrellas de los cielos, dudaba que él heredaría Canaán y que su descendencia expulsaría a las siete poderosas tribus que la habitaban. Abraham podía creer que Dios le daría descendencia, pero no podía creer que además heredaría la tierra.

Nosotros cometemos el mismo error con frecuencia. Creemos una de las promesas que Dios nos hace, pero no las demás. Muchas veces escogemos entre las promesas de Dios las que consideramos posibles. Algunos hermanos piensan que Dios puede suplir sus necesidades, pero no creen que Dios pueda sanar sus enfermedades; o que los sanará pero no que los protegerá ni los libraré de los peligros, y así sucesivamente. Por ejemplo, cuando Elías confrontó a los profetas de Jezabel en el monte Carmelo, sinceramente creyó que Dios lo protegería del daño del enemigo, y osadamente prevaleció sobre los falsos profetas, pero después de hacer esto tuvo temor y escapó a Beerseba (1 R. 19:3).

En muchas ocasiones escogemos alguna de las promesas que Dios nos ha dado y rechazamos otras porque nos cuesta creerlas. Esto es erróneo. Si creemos lo que Dios prometió, como lo hizo Abraham, todo está bien, pero ¿qué puede hacer Dios si no creemos? El hizo promesas y no puede romperlas, pero nosotros no estamos a Su nivel; así que, El tiene que descender a nuestro nivel, para que podamos recibir Sus promesas.

Cuando Abraham creyó la primera promesa que Dios le hizo, Dios le concedió lo que le había prometido. Después, cuando le hizo la segunda promesa, Abraham dudó y no la pudo creer. ¿Qué hizo Dios para que Abraham pudiera creer? *Hizo un pacto con él. Un pacto compensa lo que le falta a una promesa. Esta es la mejor forma de resolver el problema de la incredulidad.* Aunque nosotros no creamos, Dios no puede cambiar lo que prometió. Nuestra incredulidad lo fuerza a hacer un pacto con nosotros para que creamos.

Cuando Abraham no creyó la segunda promesa, Dios le dijo en Génesis 15:9-10: “Tráeme una becerra de tres años, y una cabra de tres años, y un carnero de tres años, una tórtola también, y un palomino. Y tomó él todo esto, y los partió por la mitad, y puso cada mitad una enfrente de la otra; mas no partió las aves”. Para Abraham esto significaba mucho, pues ésta era la manera en que los hombres sellaban los convenios en ese entonces. Cuando una persona establecía un pacto con otra, era costumbre partir una becerra o una cabra por la mitad y colocar las mitades del sacrificio una frente a la otra. La persona que hacía el pacto, debía entonces caminar por en medio de las dos mitades del sacrificio, como una señal del pacto que hacía con la otra persona. Esto quería decir que el pacto pasaba por el corazón y los órganos vitales, y era sellado con sangre. El cuerpo de los animales se partió por la mitad, y la sangre se derramó, y luego Dios mismo pasó en medio de las dos mitades, lo cual significaba que el pacto que El había hecho, no lo podía cambiar ni dejar de cumplirse. Jehová hizo un pacto con Abraham, y le dijo: “A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Eufrates” (v. 18).

Nótese que en Génesis 15 Dios le dio a Abraham la mitad de la promesa, la cual consistía en que su descendencia sería tan numerosa como las estrellas de los cielos. Después de que Abraham creyó y aceptó esta promesa, Dios le prometió la tierra. Dios no sólo le prometió familia, sino también una herencia; no sólo le prometió prole, sino también una tierra en la cual vivir. Para Abraham no fue difícil aceptar esta promesa. Si Dios no hubiera hablado, Sus palabras no se habrían cumplido. Pero como Dios declaró Su promesa, tuvo que cumplirla. Si una persona no creía en la promesa, ésta quedaba sin efecto. Es por eso que Dios tuvo que hacer un pacto con el hombre, para que éste se diera cuenta de que El cumple Su palabra. El cumplirá Su promesa porque en El no hay deslealtad. La deslealtad es pecado. Prometer algo y no cumplirlo, es injusto y no está de acuerdo con las normas morales. Dios no solamente hizo promesas y realizó hechos para que el hombre los aplicase, y no sólo dijo lo que haría por el hombre mostrándole los hechos realizados, sino que también hizo un pacto con el hombre para que éste pudiera asirse de El por medio de dicho pacto. Dios sabía que Abraham tenía muy poca fe, y que la herencia prometida era espléndida y maravillosa, a tal punto que excedía a su capacidad de creer. Por eso Dios tuvo que incrementar la fe de Abraham haciendo un pacto con él. No

sólo le dio las promesas, sino que hizo un pacto para que Abraham no tuviera otra alternativa que creer. Una vez que Dios hace un pacto, sería injusto si no actuara de acuerdo a lo estipulado. En estas circunstancias, la fe tiene que incrementarse. Dios no sólo promete y actúa, sino que hace un pacto con nosotros porque sabe que tenemos poca fe. El aumenta nuestra poca fe como lo hizo con Abraham, pues desea que dependamos de Su justicia, veracidad y gloria, como lo hizo Abraham. Para nosotros tal vez no sea importante perder nuestra bendición, pero para Dios Su credibilidad es muy importante. Para que puedan entender este asunto cabalmente, permítanme leer algunos versículos en los cuales los hombres se relacionaban con Dios con base en los pactos.

En Salmos 143:1 dice: “Oh Jehová, oye mi oración, escucha mis ruegos; respóndeme por tu verdad, por tu justicia”. David no pidió a Dios que le contestara por Su misericordia ni por Su benignidad ni por Su gracia, sino por Su verdad y Su justicia. He escuchado a muchas personas pedir que Dios les conteste por Su misericordia y amor, y según Su voluntad. Pero la oración de David fue diferente. El no pidió que Dios le concediera Su gracia, ni que lo bendijera con Su misericordia y benignidad. Su oración fue muy particular, le pidió que le contestara por Su justicia y fidelidad, es decir, según Su justicia y fidelidad. Solamente aquellos que entienden esto saben cómo orar para recibir respuestas a sus peticiones. A veces pedimos que Dios nos conceda gracia y misericordia, y que cumpla Su voluntad; pero tales oraciones carecen de peso. Si no contáramos con las promesas de Dios y Su Palabra, estaría bien orar de esta manera, pero puesto que Dios nos dio Sus promesas y Su palabra, orar así muestra incredulidad y viene a ser un pecado.

Debemos orar pidiendo que Dios haga Su voluntad, pero tenemos que ser cuidadosos cuando oremos de esta manera porque muchas veces oramos así por ignorancia o por incredulidad. Cuando oramos por un enfermo, pedimos que Dios haga Su voluntad en esta persona. Aparentemente, ésta es una buena oración, pero puede ser una señal de pereza espiritual, pues no dedicamos tiempo buscando la voluntad de Dios para orar de acuerdo a ella; así que oramos sin conocimiento. Cuando oramos por alguien que está enfermo, pedimos que Dios lo sane pronto; pero cuando la enfermedad llega a ser muy seria o crítica, cambiamos el tono, y pedimos que se haga la voluntad de Dios. En realidad, la oración que tienen en su corazón dice: “Dios, Tú no has contestado mi oración, así que no oraré más por sanidad. Esta persona está gravemente enferma, y no hay posibilidad de que se mejore; lo único que pido es que se haga Tu voluntad, y que le permitas morir en paz”. ¿Qué clase de oración es ésta? Es una oración sin convicción y sin fe.

¿Piensa usted que Dios nos cuida solamente según la gracia? Sí lo hace, pero la gracia es sólo el fluir, mientras que la justicia es el canal. Dios no se relaciona

con el hombre por la gracia solamente, sino también por la justicia. Su rica gracia se nos infunde por Su justicia. “La gracia reina por la justicia” (Ro. 5:21). Dios no sólo ha hecho promesas, sino que también ha hecho un pacto con nosotros. Es por eso que no puede anular Su pacto. Uno puede decirle a Dios: “Por ese pacto que has establecido, te ruego que cumplas Tu palabra según Tu justicia”. Si Dios no cumpliera lo que Su pacto dice, yo reverentemente diría que Dios es injusto, lo cual, por supuesto, nunca sucederá. Me temo que algunos piensan que lo que estoy diciendo va demasiado lejos. Posiblemente piensen que este evangelio es demasiado fácil para ser verdad. Muchos piensan que Dios actúa según Su voluntad y Su beneplácito, pero con respecto a nuestra redención, El no actúa según Su voluntad ni Su beneplácito. El conoce nuestra debilidad y sabe que nuestra fe no está al nivel de Su promesa; por eso convirtió Su promesa en un pacto, para que nosotros pudiéramos tener la confianza de pararnos sobre Su terreno, asirnos de Su palabra y pedirle que cumpla Su promesa de acuerdo con Su justicia. Con respecto a nuestra redención, no le pedimos a Dios que cambie de opinión, ni que nos conceda misericordia, aunque en ocasiones tal vez oremos así. Si queremos recibir las promesas que Dios nos ha dado, es correcto pedir de esta manera, pero si la promesa es un pacto, lo único que debemos que hacer es creerlo y aplicarlo por fe.

Dios está atado por Su pacto y limitó Su voluntad, Su libertad y Su deseo. El es fiel y justo. Leamos 1 Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda injusticia”. ¿Han visto qué claro es este versículo? Hemos dicho que una persona que ora así, no es como el publicano que oraba en el templo, el cual pidió a Dios que tuviera misericordia de él, pues era un pecador. Esta oración pide que Dios perdone los pecados y limpie de toda injusticia según Su justicia y fidelidad. Si Dios no hubiera prometido el perdón de pecados, tendríamos que orar para que El tuviera misericordia de nosotros los pecadores. Pero como en la Biblia se nos ha prometido el perdón de pecados, no tenemos que orar pidiendo que Dios nos conceda misericordia; tenemos que asirnos de ello por fe. Dios nos ha concedido que Sus palabras sean nuestras, así que podemos echar mano de ellas y exigirle que perdone nuestros pecados y nos limpie de nuestras injusticias conforme a Su justicia y fidelidad. Si El no nos perdonara ni nos limpiara, sería injusto, porque el Señor Jesús murió en la cruz por nosotros, derramó Su sangre preciosa y pagó por nuestros pecados, de tal forma que Su muerte llegó a ser la nuestra. Cuando El derramó Su sangre y recibió el castigo, fue como si nosotros mismos hubiéramos sido juzgados y castigados ahí. Ya que el Señor murió, y puesto Dios aceptó el sacrificio de la muerte del Señor; Dios tiene que perdonar nuestros pecados y limpiarnos de nuestras injusticias según Su fidelidad y Su justicia.

Dios tiene que perdonar nuestros pecados porque si no lo hace sería injusto. Aun si no quisiera perdonar nuestros pecados, tendría que hacerlo. El no sólo nos dio la promesa de la gracia, sino que debe cumplir dicho pacto. Sí el Señor no hubiese muerto en la cruz, Dios tendría la opción de no perdonarnos, pero puesto que la crucifixión se efectuó; está obligado a perdonarnos, no solamente por Su promesa, sino por el pacto que estableció con nosotros. La gracia de Dios es tal que estableció un pacto con nosotros, para que creamos en El. Si a pesar de esto, no creemos en Su pacto, El no puede hacer nada más, pues ya hizo todo lo que estaba de Su parte. Si no hubiera hecho un pacto con relación al perdón de pecados, podría no perdonarnos. Pero como lo hizo y como nosotros recibimos dicho pacto; sería infiel si no nos perdonara. Ser desleal es mentir, y mentir es inmoral y pecaminoso. Es un pecado pensar que Dios pudiera actuar de esta manera. Dios estableció un pacto con nosotros, y lo debe cumplir. Le damos gracias a Dios por limitarse y por actuar sobre la base del compromiso adquirido en el pacto. Dios no actuará a capricho, pues tiene que cumplir Su pacto de una manera justa. El Señor Jesús nos redimió, derramó Su sangre y fue crucificado por nosotros. Sobre esta base. Dios tiene que perdonar nuestros pecados, pues no puede ser injusto.

Quisiera que entendiéramos que la base en la que nos apoyamos es muy especial y que somos diferentes a los hombres comunes. Si Dios no hubiera hecho un pacto con nosotros, ni no nos hubiera prometido nada, tendría la libertad tanto de perdonarnos como de no hacerlo; en tal caso el perdón y la purificación dependerían de Su estado de ánimo. Dios podría actuar según le pareciera, pero El se limitó y se ató por un pacto y no puede tomar ninguna decisión que lo transgreda. Dios hizo esto con el propósito de que nosotros pudiéramos acudir a El con confianza y decirle: “Señor, por Tu fidelidad y justicia perdona mis pecados y límpiame de mis injusticias”. Para El es justo perdonarnos. Desafortunadamente muchos oran sin fe, y sus oraciones son una señal de incredulidad. No estoy menospreciando la oración, pues ella es de vital importancia para el cristiano; pero lamentablemente las oraciones de muchos están tan llenas de incredulidad como las de los discípulos cuando clamaban al Señor en la barca pidiendo ayuda. Cuando el Señor iba con Sus discípulos en una barca y una gran tormenta los azotaba al punto que la nave estaba a punto de hundirse, el Señor estaba en la popa profundamente dormido. Los discípulos muy alarmados lo despertaron diciéndole: “¡Maestro ... perecemos!” (Mr. 4:38). ¿Qué les respondió el Señor? El no los alabó por ser fervientes en la oración, sino que les dijo: “¿Cómo no tenéis fe?” (v. 40). El Señor los reprendió por su falta de fe. El había dicho: “Pasemos al otro lado” (v. 35). Pero ellos lo olvidaron. Si el Señor no les hubiera dicho esto, sus oraciones habrían sido justificadas. Puesto que El les había dicho esto, debían tener la certeza de que llegarían. Muchos creyentes piensan que cuanto más oran, más valiosas son sus oraciones, y cuanto más desesperados, mejor. Pero lamento decirles que esa clase de

ruegos sólo deja ver la incredulidad de los que oran y su ignorancia en cuanto a la realidad de las promesas y del pacto que Dios ha concertado con ellos. Tal vez una de las principales razones por las que nuestras oraciones no son contestadas es que no hemos visto el pacto que Dios hizo con nosotros. ¿Por qué razón se manifiesta el poder de Dios tan débilmente? Quizá la causa sea que no nos hemos asido de lo que Dios ya nos dio. En vez de ello, creemos que Dios se acerca a nosotros porque quiere o por razones que no entendemos. Si queremos ser vencedores, tenemos que aferrarnos de lo que Dios nos prometió. Después de orar, o cuando estamos de acuerdo con la oración de otros, decimos “amén”. ¿Qué significa esta palabra? Pensamos que *amén* significa: cúmplase. Pero el señor Gordon explica que decir amén no es desear que lo que pedimos se cumpla, sino declarar con toda seguridad que lo que pedimos se cumplirá, sin dudar ni por un instante. Si piensa que Dios cuida de usted por Su misericordia y Su bondad, y si procura que El escuche sus oraciones sobre esta base, no tendrá la certeza que serán escuchadas. Si El no se complace en usted, ¿qué haría? Si tal fuera el caso usted no podría hacer nada. Con esto no estoy diciendo que no se debe orar así. Hay momentos en los que se puede orar de esta manera. Dios se acerca a nosotros por Su justicia y Su fidelidad. La gracia está escondida en la justicia y la fidelidad de Dios. El se acerca a nosotros por un convenio. Desde el momento en que el Señor Jesús murió en la cruz, la comunicación de Dios con nosotros se ha basado en el pacto que El estableció con nosotros. El no hará nada aparte de este pacto. Hoy muchos creyentes no comprenden la promesa de Dios, ni lo que El ya hizo, ni Su palabra. Ruegan desesperadamente de acuerdo a lo que sienten, pero no reciben nada porque carecen de fe. Que podamos orar menos y creer más. Cuando en lugar de orar creamos, nos daremos cuenta de que todo está bien. Entonces comprenderemos que no recibimos por la gracia sola, sino por la gracia que contiene la justicia.

¿Qué es un pacto? Es un compromiso, una “atadura”, una pérdida de la libertad propia. Cuando Dios hace un pacto con el hombre, aun si después se arrepintiera de haberlo hecho, me atrevo a decir que ya no lo puede modificar. No hay manera de cambiarlo. ¡Aleluya! Dios está comprometido por ese pacto de tal manera que nunca perderemos la bendición de tal convenio. No tiene importancia si por el momento no sabemos lo que es el nuevo pacto, ni todo lo que éste incluye. Tan pronto entendemos que Dios hizo un pacto con nosotros, somos bendecidos.

¡Qué extraordinario que Dios haya querido hacer un pacto con nosotros y que podamos tomarle la palabra! Los hombres siempre temen ser “atrapados” por otros en sus propias palabras. Pero con Dios no es así; de hecho, a El le agrada ver que le tomemos la palabra. Examinemos la historia de Abraham ahora que entendemos la diferencia que existe entre un pacto y una promesa. Dios le dio a Abraham una promesa, y viendo que él no la creía, le ordenó que partiera un

sacrificio por la mitad; cuando Abraham hizo esto, El pasó por en medio de aquel sacrificio. Esto convirtió Su promesa en un pacto inmutable; y Abraham creyó. Un pacto es una promesa cuyo cumplimiento El garantiza con base en Su fidelidad, veracidad y la más elevada moralidad. Si la fidelidad y la rectitud de Dios fallaran, Dios mismo fallaría, ya que Dios y Su pacto van juntos. Si Dios fallara, Su pacto quedaría sin efecto. Pero como Dios es incommovible, Su pacto también lo es. Si dijésemos que el pacto se puede anular, estaríamos diciendo que Dios mismo puede ser anulado. Decir esto es una blasfemia. ¡Que Dios nos libre de caer en semejante incredulidad y blasfemia!

El sacrificio que se usó en el pacto de esta narración es muy significativo. Una becerra representa la paciencia de Cristo, Su vida de sufrimientos, y a Cristo como la ofrenda de paz. La cabra representa lo fructífero que es Cristo y lo representa a El como la ofrenda por el pecado. El carnero representa a Cristo como el vencedor poderoso, quien es inmolado, y también representa a Cristo como holocausto. Las dos aves simbolizan a Cristo, el cual es de los cielos; la tórtola simboliza la vida de sufrimientos de Cristo, y el palomino representa Su vida de fe por medio de la cual El diariamente buscó la dirección de Dios para Su vida. Esto nos muestra que el pacto que Dios hizo con nosotros en Cristo es tan firme como un sello; y es eternamente inmutable. El pacto que Dios hizo con nosotros fue llevado a cabo mediante la obra de Cristo y en El. Dios no solamente prometió la salvación, sino que también efectuó la redención. No solamente existe la promesa, sino también el cumplimiento. Este pacto es firme como la obra de Cristo.

En la Biblia hay pactos y promesas, pero nos limitaremos a hablar del pacto que Dios hizo con Abraham y del que hizo con David. La genealogía del Señor Jesús que consta en el libro de Mateo muestra que Cristo es descendiente de Abraham y de David. Por tanto podemos considerar a ambos como representantes de los pactos que figuran en 2 Samuel 7:14-15 y Salmos 89:19-37. Samuel no relata cómo hizo Dios el pacto con David. Esto lo vemos en Salmos 89, donde se narra que Jehová envió el profeta Natán a David. El hizo un pacto con David. David quería edificar una casa para Jehová, y Jehová envió al profeta Natán para decirle: “Ciertamente no he habitado en casas desde el día en que saqué a los hijos de Israel de Egipto hasta hoy, sino que he andado en tienda y en tabernáculo ... asimismo Jehová te hace saber que él te hará casa. Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. El edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo. Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres; pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de ti. Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable

eternamente” (2 S. 7:6, 11b-16). Salmos narra lo mismo que 2 Samuel, pero deja en claro que éste era un pacto. “Y mi pacto será firme con él. Pondré su descendencia para siempre, y su trono como los días de los cielos. Si dejaren sus hijos mi ley, y no anduvieren en mis juicios, si profanaren mis estatutos, y no guardaren mis mandamientos, entonces castigaré con vara su rebelión, y con azote sus iniquidades. Mas no quitaré de él mi misericordia, ni falsearé mi verdad. No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios” (Sal. 89:28b-34). Dios dio Su palabra a los descendientes de David para que se asieran de ella. A Dios le agrada que el hombre tome Su palabra y le exija que la cumpla. El permite que Su palabra caiga en las manos del hombre para que éste haga exactamente eso.

En una ocasión una mujer cananea le pidió al Señor que sanara la enfermedad de su hija. El Señor no le contestó. La mujer le rogó fervientemente, y el Señor le dijo que El había sido enviado a buscar las ovejas perdidas de la casa de Israel y que no era bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos. El Señor comparó a esa mujer gentil con un perrillo, y a la casa de Israel con los hijos. Con esto decía a la mujer, que ella no era digna de tal bendición. La palabra del Señor era como un muro que impedía que la mujer se acercase a El. No obstante ella se aferró a la palabra del Señor y le respondió que aun los perrillos podían comer de las migajas que dejaban caer los hijos. Cuando ella dijo esto, el Señor sanó a su hija y la alabó por su fe (Mt. 15:22-28). Dios se complace en que el hombre se aferre de Su palabra y que le pida y que actúe con base en ella. Al cuidarnos, se complace en dejarnos un asidero, como lo hizo con la mujer cananea, para que lo tomemos. Pero temiendo que no podamos percatarnos de esto, nos ha dado un pacto para que creamos en El. El Espíritu Santo hizo que la mujer se aferrara de la palabra del Señor. Ella se dio cuenta que lo que El dijo le daba la oportunidad de seguir hablando. En ese caso el Señor menciona la comida de los hijos, no la de los perrillos, el pan, no de las migajas. El Señor se refirió a ella como un perrillo; pero ella no protestó, sino que añadió que también los perrillos debían comer, aunque fuese solamente migajas. Ella se asió de la palabra del Señor, y le pidió que le diera las migajas. Ante este argumento, Dios tuvo que concederle lo que ella pedía ya que El es fiel y siempre deja un asidero en Su palabra para el hombre. A Dios le complace que el hombre haga uso de Su Palabra.

El Señor le dijo claramente a David, que aun si sus descendientes no guardaran sus mandamientos y desobedecieran Sus leyes, El no rompería Su pacto. ¿Sabe usted cuándo fue escrito el libro de Salmos? Se escribió cuando los judíos fueron llevados cautivos a Babilonia. El pueblo pensó que Dios se había olvidado del pacto que Dios había hecho con David, en el cual prometió que confirmaría su descendencia y que establecería su trono por todas las generaciones. Pero el reino todavía no existía, y el pueblo estaba en el exilio en tierra del enemigo.

¿Dónde estaba el rey? ¿Cómo podía establecerse el reino y la casa de Israel? Observando todo esto el salmista, le dice a Dios: “Mas tú desechaste y menospreciaste a tu ungido, y te has airado con él. Rompiste el pacto de tu siervo: Has profanado su corona hasta la tierra” (vs. 38-39). El menciona primero el pacto que Dios había hecho con David y continúa hablando de la cautividad de sus compatriotas y del maltrato que éstos sufren en las manos del enemigo. En el versículo 49, menciona el pacto, e interroga a Dios: “Señor, ¿dónde están tus antiguas misericordias, que juraste a David por Tu verdad?” ¿Hemos orado alguna vez tan osadamente? Muchos ruegan a Dios como si fueran mendigos, sin comprender que Dios ha hecho un pacto con ellos. El Espíritu Santo a propósito dejó constancia de estas oraciones que exigen de Dios Sus promesas, las cuales nos muestran cuánto desea Dios que hagamos uso así de Su palabra. Cuando hacemos esto le damos gloria. Nos hemos dirigido a Dios con palabras vacilantes que provienen de un corazón maligno e incrédulo. Si dudamos al orar, ¿cómo puede Dios contestar nuestras oraciones? El problema no está en Dios, sino en nosotros. Si creemos, Dios perdonará nuestros pecados y nos limpiará de nuestras injusticias, nos llenará del Espíritu y nos dará Su vida para que podamos vivir, crecer y ser hijos obedientes conforme a Su vida nueva, llegando a ser perfectos, como Su Hijo, el Señor Jesús fue perfecto, limpio y sin mancha. ¿Es esto posible? Con Dios todo es posible; el problema está en que nosotros no creemos a Su palabra. Así como hizo un pacto con David prometiéndole Su benignidad, lo ha hecho con quienes creemos en el nombre de Su Hijo, prometiéndonos incomparables riquezas espirituales. A Dios le agrada vernos muy cerca de El, buscándolo y exigiéndole por causa de Su pacto. Le complace que asumamos esta actitud al comunicarnos con El, exigiéndole que cumpla todo lo que prometió en Su pacto. Por eso exalto y agradezco a Dios, por habernos dado “asideros” en Su palabra, con el fin de que podamos aplicarlos.

Nuestro Dios es digno de toda alabanza. El cumplirá lo que prometió y pactó con nosotros. Hermanos y hermanas, ¿habían visto ustedes alguna vez que Dios nos ha dado un “asa” en Su palabra a la cual aferrarnos para poder creer en El? Esta es una verdad gloriosa. Dios no solamente nos declaró Sus promesas y Sus hechos, sino que también nos dio el más grandioso asidero: Su pacto, por medio del cual podemos asirnos a El. Más adelante, examinaremos lo que este pacto incluye. Estamos viendo que Dios hizo un pacto con nosotros y que prometió cumplirlo. Los creyentes que están débiles, desalentados o fríos, deben entender que Dios hizo un pacto con ellos, y que en sus manos está el asa, para acercarse a El confiadamente, exigiéndole según lo establecido. Dios dice que todo aquel que en El crea verá realizadas estas cosas. La única razón por la que la iglesia tiene poca fuerza es que no conoce el nuevo pacto. Nos hemos olvidado del nuevo pacto.

¿Acaso no nos enseña la Biblia acerca de este nuevo pacto? Cuando leemos la Palabra, nos damos cuenta de que estamos en la era del Nuevo Testamento y vemos que el Señor Jesús al morir derramó Su sangre para establecer este nuevo pacto. Si conocemos la Biblia y el nuevo pacto, ¿por qué somos tan débiles y carecemos de poder? La razón es que la letra mata, mientras que el Espíritu vivifica. Sabemos que ésta es la era del nuevo pacto, pero no sabemos cómo relacionarnos con Dios ni cómo aplicar Sus promesas. Debemos reflexionar en lo precioso y maravilloso que es el nuevo pacto. Para recibir la bendición de este convenio, debemos tener un corazón recto ante Dios. No solamente debemos escuchar acerca de esta verdad y conocerla, sino también recibir la revelación de Dios para tener la facultad de creer. En Salmos 25:14 dice: “La comunión íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer Su pacto”. No sabríamos de este pacto si el Señor no nos lo hubiera mostrado. Podemos oír hablar del pacto de Dios y con nuestra mente podemos entender algo, pero cuando regresamos a casa, seguimos igual que antes sin recibir nada, débiles y sin habernos asido de las palabras de Dios. Necesitamos que Dios nos conceda una revelación en nuestro espíritu, pero para que esto suceda primero debemos temerle. ¿Qué significa temer a Dios? Significa que aun sin estar a Su nivel, deseemos con un corazón absoluto hacer Su voluntad, siendo plenamente sumisos a El, sin buscar nada de nosotros mismos, ni andar según nuestra voluntad, no mirándonos a nosotros mismos, sino la grandeza de Dios. El lenguaje original usado en el salmo 25 presenta dos ideas paralelas o dos oraciones diferentes que comunican la misma idea. La primera oración dice que la relación íntima de Jehová es con los que le temen, y la segunda dice que a ellos hará conocer Su pacto. Aquí vemos que la comunión íntima con el Señor es Su pacto. Hoy, la comunión íntima de Dios, Su pacto está delante de nosotros. Debemos temer a Dios, exaltarlo y considerarnos como nada. De esta manera veremos el pacto de Dios, podremos inquirir asiéndonos de Su Palabra, y recibir la bendición de este nuevo pacto. Quiera Dios usar este libro para atraer y guiar al hombre a conocer Su secreto. Por un lado, tenemos que ser cuidadosos con respecto al pacto de Dios, pues éste es un terreno santo, y todo el que se acerca a Dios debe temerle; y por otro, podemos acercarnos a El confiadamente pues este pacto está lleno de gracia.

CAPITULO TRES

EL NUEVO PACTO

(3)

Lectura bíblica: Mt. 26:28

En Mateo 26:28 vemos que la sangre de Cristo, la cual fue derramada para perdón de pecados, es también “la sangre del pacto”. La naturaleza de la sangre

se relaciona con el pacto; y su función, con el perdón de pecados. Si bien es cierto que el derramamiento de la sangre redime y perdona los pecados, es la sangre del *pacto* la que realmente los perdona. Si esta sangre derramada no fuera la sangre del pacto, no podría perdonar. Dios hizo un pacto con el hombre en el cual estableció que el derramamiento de la sangre traería perdón de pecados. Por lo tanto, este versículo nos muestra la importancia de la sangre derramada, la cual concierne al nuevo pacto y produce el perdón de pecados.

La Palabra de Dios nos revela que la gracia incluye tres aspectos: las promesas, los hechos y los pactos. Anteriormente hablamos de las promesas y los hechos; ahora nuestro tema se centrará en lo que es un pacto con juramento y en el propósito que éste tiene. Este será el mensaje central de nuestra conferencia. Algunas personas aseguran que en la Biblia hay ocho pactos. Si esto es verdad no lo sé, lo único que puedo decir es que el nuevo pacto es el más importante.

Un pacto contiene promesas y hechos. La Biblia nos dice claramente que el pacto es una promesa. Cuando Dios hace una promesa, simplemente lo expresa, pero cuando hace un pacto, interpone un juramento. Una promesa compromete a una persona, pero un pacto lo compromete más, porque no se puede anular. Por lo tanto, cuando Dios hizo un pacto con Abraham, El juró por Sí mismo. Como vemos aquí, Dios no sólo prometió, sino que hizo un juramento. Agradecemos y alabamos a Dios porque no solamente nos ha dado promesas, sino porque también ha hecho un pacto con nosotros, por el cual podemos acercarnos y asirnos a El con valentía basándonos en Su justicia y fidelidad.

UN PACTO ABARCA UNA PROMESA Y UN HECHO

La razón por la que un pacto abarca una promesa y un hecho la encontramos en Hebreos 9:5-18. El versículo 16 dice: “Porque donde hay testamento, es necesario que conste la muerte del testador”. En griego, la palabra *testamento* significa *pacto*; así que, la expresión *nuevo testamento* quiere decir *nuevo pacto*. En la Biblia encontramos que *pacto* tiene dos significados: 1) pacto y 2) testamento. Por lo tanto, el nuevo pacto se puede considerar como el pacto o testamento de Dios. Si no existiera una promesa, no se podría establecer un pacto. Todo pacto contiene una promesa; por ejemplo, una certificación de préstamo es un pacto que contiene una promesa. Cuando hacemos una promesa, no necesitamos una constancia; sin embargo, si queremos que esa promesa sea respaldada por un procedimiento legal y resguardada por la ley, la certificamos con un pacto. Por lo tanto, el pacto de Dios incluye una promesa, pero es superior a ésta. Una persona que conoce a Dios de una manera íntima y que ha sido instruida por Su gracia, sabe que El es fiel y justo, y que todo lo que ha prometido, lo cumplirá. No necesita contar con evidencias legales para creer en Sus promesas. Ella considera estas promesas como pactos. Pero es

importante que el débil en la fe vea la diferencia que hay entre una promesa y un pacto. Por consiguiente, no podemos decir que todas las promesas son pactos, pero sí que todos los pactos son promesas.

Un pacto consta de una promesa y un testamento; o sea, no sólo tiene la promesa, sino el cumplimiento de la misma. Un testamento es la realidad de una promesa. Tomemos el ejemplo de un padre que hace un testamento para dejarle a su hijo una herencia. En su testamento estipula cómo se ha de disponer de sus posesiones, las cuales son el fruto de su trabajo, para que su hijo las pueda obtener sin ningún esfuerzo. Ser hijo del testador le da el derecho a esta persona de disfrutar dicha herencia. Como podemos ver, el pacto es un testamento que contiene una herencia la cual se vuelve en un hecho.

En la Biblia, las promesas, los hechos y los pactos son tres aspectos de la gracia que Dios nos da. Un pacto es más importante que una promesa o que un hecho. Sin embargo, un pacto incluye tanto una promesa como un hecho; ya que sin esto, el pacto estaría vacío. Examinemos ahora la naturaleza de un pacto, las bases con que cuenta, la relación que guarda con nosotros y la seguridad que nos ofrece. Supongamos que usted recibe un cheque o un giro bancario por una gran suma de dinero. Cuando ve la cantidad se alegra mucho; pero si el cheque no tiene fondos, no le sirve de nada. Hoy puedo asegurarles que el cheque que Dios nos da es confiable y que puede ser cobrado.

¿Cómo sabemos si podemos confiar en un pacto o en un testamento? Sabemos que muchos de los pactos que han hecho las naciones no son dignos de confianza. Por eso, lo importante no es recibir un pacto o testamento, sino que éste sea confiable.

“Porque esto es Mi sangre del pacto, que por muchos es derramada para perdón de pecados” (Mt. 26:28). La copa es la copa del nuevo pacto, y la sangre está en el nuevo pacto. El efecto maravilloso de esta sangre es limpiar los pecados. El Señor Jesús derramó Su sangre con el propósito de establecer el pacto. Es muy extraño que alguien tenga que derramar su sangre para establecer un pacto. ¿Por qué el pacto sólo es efectivo si se derrama la sangre? Si todos los cristianos supiéramos que la sangre del Señor Jesús estableció un pacto, no estaríamos tan atados, restringidos ni faltos de poder, ni recibiríamos tan escasa respuesta a nuestras oraciones, ni tendríamos tan poco resultado en nuestra obra. Hermanos, hemos caído en tal condición porque nos hemos olvidado del nuevo pacto. Conocemos la expresión *nuevo pacto*, pero olvidamos cómo usarlo.

Dios estableció algunos pactos en el pasado. Hizo uno con Noé, otro con Abraham, y otro con Jacob (aunque éste último no fue explícitamente un pacto). Además estableció un pacto con los israelitas que salieron de Egipto, y decretó

otro por medio del Señor Jesucristo. Además de éstos hay otros convenios, pero los más importantes son el que hizo con Abraham y el nuevo pacto. El nuevo pacto, que es el desarrollo adicional del convenio que Dios hizo con Abraham, hereda la promesa. El libro de Gálatas nos dice que el pacto que Dios hizo con Abraham es más apropiado que el pacto de la ley, el cual fue insertado entre dos pactos. Solamente el pacto de la promesa hecho con Abraham, y el nuevo pacto, son competentes. Entre el pacto de la promesa y el nuevo pacto, se insertó el antiguo pacto, o antiguo testamento, el cual duró por mil quinientos años. Los treinta y nueve libros que abarcan desde Génesis hasta Malaquías, no constituyen el antiguo pacto. En realidad el nombre apropiado de estos treinta y nueve libros es las Santas Escrituras. La era del Antiguo testamento comenzó en Exodo 19 y terminó el día que el Señor Jesús murió. Antes del antiguo testamento o antiguo pacto estaba el pacto que Dios hizo con Abraham, el cual dio origen al nuevo pacto.

Originalmente el hombre conservaba su pureza, pero al caer por causa del pecado, la conciencia comenzó a funcionar e hizo que el hombre caminara conforme a ésta. Pero dos mil quinientos años después de que Dios creó al mundo, el hombre continuaba pecando. Por esta razón, Dios le pidió a Moisés que estableciera un pacto (la ley) con el hombre. Dios prometió que los israelitas serían un sacerdocio real, un reino de sacerdotes. Pero la condición del antiguo testamento era bilateral. Por eso había dos tablas de la ley en el tabernáculo. Por un lado, los israelitas tenían que guardar la ley para recibir la bendición de Dios; y por otro, si ellos no la guardaban, los castigaba. Este cuadro presenta el antiguo pacto.

La condición predominante en el Edén y la que prevalece durante la ley necesitan la sangre del Señor Jesús. ¿Qué nos muestra el destierro del hombre del Edén? Vemos allí cómo se pierde el lugar, la herencia y la vida, y cómo el hombre tuvo que trabajar con el sudor de su frente. Siempre he pensado que el pecado es como un signo menos, ya que nuestro cuerpo, nuestra vida espiritual y todo lo que debíamos haber heredado de nuestro Creador, se perdió por su causa. Adán causó que todo esto se perdiera.

Hubo un largo período desde Adán hasta Moisés, y de Moisés hasta Cristo. Desde Adán a Moisés reinó la muerte, y de Moisés a Cristo, no sólo reinó la muerte, sino que también el pecado. El pecado ha estado presente desde Adán, y como consecuencia, la muerte ha reinado, porque el resultado del pecado es muerte. ¿Qué es la muerte? Es la totalidad del pecado. Podemos decir que el pecado es como los ríos y arroyos, mientras que la muerte es como el mar. Hay una palabra que define de una manera general todo el período entre Adán y Moisés: muerte. El exilio, la maldición, los dolores de parto, los espinos, las penas y el sudor, son el resultado de la muerte, y representan la muerte. Todas

estas cosas terminan en muerte. La muerte es como el mar en el cual desembocan todos los ríos y arroyos.

Esto es lo que perdimos y obtuvimos en el Edén por causa de Adán. ¡Qué pérdida tan grande! Después de dos mil quinientos años, en el Monte Sinaí, Moisés recibió el pacto de la ley de Dios. Tal pacto declaraba que si alguien guardaba las palabras contenidas en él, Dios lo bendeciría, pero si no las observaba, El lo castigaría. ¿Qué fue lo que añadió la ley a nosotros? ¡Nada! De Adán hasta Moisés reinó la muerte; y de Moisés hasta Cristo, la muerte y el pecado. Primero sólo estaba la muerte, pero a ésta se añadió el pecado. Lo que la ley hizo fue exponer el pecado. No cabe duda que esto fue una gran pérdida, pues aparte de no tener bendición, había pecado y maldición.

Antes de la venida de Cristo, el hombre había sufrido dos grandes pérdidas: una en Adán, y otra por medio de Moisés. Esta pérdida ha evitado que el hombre reciba respuesta a sus oraciones, haciendo que fracase y no venza. Cuando el hombre fue privado de disfrutar la presencia de Dios, se volvió insensato, desconocedor de Dios, débil, incapaz de experimentar el poder de Dios en su cuerpo y espíritu, y fue despojado de todo lo que pertenece a la vida y a la piedad. ¿Cómo se abolió la muerte en el período que se extiende de Adán a Moisés; y de Moisés a Cristo? La sangre es la respuesta a estas preguntas. Algunos dicen que la cruz es un enorme signo de suma. Aunque éste es un dicho popular se aplica a nuestra experiencia. La cruz de Dios *añade* a nosotros todo lo que necesitamos. De Adán a Moisés había muerte; y de Moisés a Cristo, pecado. Sin embargo, la sangre de Cristo terminó con la muerte introducida por Adán, y con la condenación del pecado expuesta por Moisés. Todas nuestras culpas están eliminadas delante de Dios. Por medio del derramamiento de la sangre del Señor Jesucristo la muerte fue eliminada y nosotros somos limpiados de nuestros pecados. Al principio, Dios y todo lo que El tenía era nuestro, pero el pecado nos separó de El y como consecuencia morimos. Dios no pudo continuar ayudándonos y Su intención de bendecirnos se obstaculizó por nosotros. Aunque podemos decir que a través del pecado recibimos la muerte, lo que sucedió en realidad fue que por causa del pecado perdimos todo lo que era de Dios y todo lo que El nos había dado, lo que nos podía dar y lo que iba a darnos. Aparentemente, la sangre sólo limpia el pecado, pero en realidad su función principal es restaurar nuestra relación con Dios. Ahora Dios puede cumplir Sus promesas sin ningún obstáculo. La sangre permite que Dios se añada a nosotros. Esta sangre no sólo lleva a cabo la redención sino que nos redime eternamente. A diferencia de la sangre de toros y de cabras que sólo podía efectuar una redención temporal, la sangre de Cristo, la cual se derramó una sola vez, consumó una redención eterna. Esta sangre no es como la sangre de toros y cabras en la cual confiaban los hombres del Antiguo Testamento; esta

sangre eliminó el pecado para siempre, e hizo que la conciencia no nos condene más. Además, la sangre de Cristo hace que Dios se añada a nosotros.

En la Biblia encontramos a dos hombres que hicieron un pacto: David y Jonatán. David procedió según el pacto que hizo con Jonatán. Cuando entre los descendientes de Saúl encontró a Mefi-boset, el hijo de Jonatán, lo trajo a su mesa para que comiera con él. Al principio, Mefi-boset tembló de temor cuando los siervos de David vinieron a buscarlo, pensando que este era el fin de su vida y que la herencia de sus antepasados se había perdido para siempre. Pero después que David expresó sus buenas intenciones para con él, Mefi-boset se dio cuenta que su vida no corría peligro. Sin embargo, esto únicamente le devolvía la mitad de lo que había perdido. Así que David ordenó a Siba que las posesiones de Saúl le fueran devueltas a Mefi-boset quien de esta manera también recuperó su herencia.

Dios desea darnos vida, y ya la recibimos; pero también quiere devolvernos la herencia que perdimos. El derramamiento de la sangre del Señor no es únicamente para el perdón de pecados. La sangre del Señor Jesús es gloriosa, y todos aquellos que se sienten avergonzados y que odian y aborrecen sus pecados deben conocerla. Gracias a Dios que los problemas de la muerte y el pecado se han resuelto. La sangre del Señor Jesús no sólo eliminó la condenación, sino que recobró nuestra herencia perdida. La sangre hizo algo maravilloso: añadió Dios a nosotros, nos salvó de la paga del pecado y redimió la herencia que habíamos perdido en Edén. Leemos en Lucas 22:20: “El nuevo pacto en Mi sangre”. Por un lado, la sangre del Señor fue derramada para efectuar la redención y eliminar todo lo que nos dañaba; y por otro, ese derramamiento promulgó el nuevo pacto y nos devolvió la herencia que habíamos perdido. Su sangre no sólo nos redime, sino también recupera algo que es nuestro. El no solamente nos redimió y eliminó el problema del pecado, sino que recuperó todo lo que se perdió en Adán.

¿Qué es el nuevo pacto? Es un documento legal establecido según las condiciones justas de Dios. El nuevo pacto prueba que por medio de la sangre de Jesucristo, Dios adquirió todo para nosotros.

Quiero asegurarme que ustedes entienden esto, por eso permítanme hacerles una pregunta en cuanto al evangelio: ¿cuál parte de nuestra salvación efectuó la justicia de Dios, y cuál Su gracia? Antes que el Señor Jesús fuera crucificado, todo se llevaba a cabo por medio de la gracia, pero después de Su crucifixión, se introdujo Su justicia. Esto no significa que la gracia se acaba después de la cruz. Podemos comparar la gracia con la llave del agua; y la justicia con la tubería. La gracia nunca llega a nosotros por sí sola, siempre fluye a través del canal de la justicia. En cuanto a esto, veamos Romanos 5:21: “Para que así como el pecado

reinó en la muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro”. La gracia reina por medio de la justicia. Dios no le da gracia al hombre en una forma independiente, se la da a través de la justicia. Dios es misericordioso y no quiere que muramos; por eso envió al Señor Jesús para que muriera en nuestro lugar. Esto es gracia. Por ese amor con que nos ama, Dios nos ha concedido gracia y nos ha redimido. El Señor Jesús murió por nosotros consumando así la redención. Cuando creemos en el Señor Jesús para obtener la salvación, ¿qué nos salva, la gracia de Dios o Su justicia? La muerte del Señor Jesús efectuó la redención, la cual nos libra de la condenación. Su muerte es nuestra muerte; y en Cristo, Dios acepta el sacrificio que ofrecemos. Lo que hemos obtenido hoy nos pertenecía por derecho. Si Dios no nos salvara, sería injusto. Antes de la cruz no podíamos juzgar a Dios injusto si no nos salvaba; simplemente hubiéramos pensado que no nos amaba; pero después que el Señor Jesús murió y efectuó la redención, ya no es un asunto de amor ni de gracia, sino de injusticia y deslealtad.

Supongamos que le presto cincuenta dólares a alguien, y que éste firma un pagaré por esa cantidad. Si esta persona no quisiera pagar su deuda, yo lo puedo demandar para obligarlo a que me pague, y si hago esto, posiblemente ustedes piensen que no tengo misericordia ni amor, pero no pueden decir que soy injusto. Sin embargo, si él paga, yo exijo que me vuelva a pagar la deuda, eso sería injusto. ¿Qué es injusticia? Es exigir el pago de algo que ya se canceló.

No podemos decir que Dios carece de gracia, porque si este fuera el caso, no existiría el nuevo pacto. Sin embargo, si todo lo que Dios nos ha dado se basara en la gracia, nuestra fe no sería tan fuerte; pues, en este sentido, no podemos confiar totalmente en la gracia. Es muy común que el hombre dude de las buenas intenciones de los demás. No obstante, Dios no sólo tiene gracia, sino que Su gracia se ha expresado en un pacto. Con el propósito de concedernos Su gracia, El se limitó por el pacto. La gracia se ha expresado en la forma de justicia para que nuestra fe pueda ser fortalecida; porque es más fácil creer en la justicia de Dios, que en Su gracia y bondad. Examinemos por ejemplo el perdón. ¿Cómo sabemos que nuestros pecados fueron perdonados? Porque el pacto y la palabra de Dios lo garantizan. Si viéramos esto nos acercaríamos a Dios, no indecisos, sino con confianza. Tenemos que comprender que cuando venimos a Dios, nuestra comunión con El se basa en Su justicia. La justicia no anula la gracia; por el contrario, la justicia es la más alta expresión de la gracia de Dios. Ahora, asidos de Su pacto, podemos acercarnos a Dios con valentía y pedirle sin temor a ser rechazados.

¿Recuerda usted la historia de la mujer que mientras enjugaba los pies de Jesús con su cabello, lloraba sin cesar? En esa historia el Señor le dijo a Simón: “No me diste agua para Mis pies; mas ésta ha regado Mis pies con lágrimas ... sus

muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho” (Lc. 7:44, 47). Cuando el Señor dijo que los pecados de la mujer le eran perdonados, no se dirigió a ella directamente, sino a Simón. En el instante en que el Señor Jesús dijo esto, los pecados de la mujer fueron perdonados. Esta mujer oyó lo que El dijo, pero el Señor sabía que esto no era suficiente. Sí, los pecados de ella *fueron* perdonados. Sin embargo, debido a que la fe de una persona es fluctuante, pues algunas veces es fuerte, y otras débil y duda si sus pecados fueron perdonados e incluso dudando de su salvación, el Señor Jesús a propósito, y de manera explícita, le dijo a la mujer: “Tu fe te ha salvado” (v. 50). Cuando el Señor dijo esto, ella ya había sido salva, pero lo dijo con el propósito de darle a ella la oportunidad de asirse de esa salvación. No es suficiente tener el hecho de la salvación; también es necesaria la palabra de salvación. Ella era salva; pero cuando tomó esta palabra recibió la fuerza para enfrentar las tentaciones de Satanás, las burlas de los hombres, y aun sus propias dudas. Ella podía asirse de la palabra del Señor para decir: “El Señor me dijo que mi fe me salvó”.

Dios nos dio Su gracia; sin embargo el pacto que hizo con nosotros lo estableció por Su justicia, para que podamos disputar con El asidos de Su palabra. La manera de ejercitar la fe es hablar con Dios y exigirle haciendo nuestra Su palabra. Estamos firmes en el terreno de la gracia. Sin embargo no la recibimos directamente. Puesto que la sangre de Jesucristo es la base de la justicia, el pacto que Dios hizo con nosotros no puede fallar. Ahora podemos comunicarnos con Dios basándonos en Su justicia. A Dios le gusta ver que hagamos uso de Su palabra. El nos ha dado promesas respaldadas por los hechos. Una persona de mucha experiencia en el Señor, dijo que el pacto de Dios es la terapia que Dios usa para curar la incredulidad de los incrédulos. Algunas personas, para sentir que están perdonados, oran hasta que sienten paz. Pero, ¿qué dice la Biblia? Dice que somos perdonados por creer en la palabra de Dios. Leemos en 1 Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda injusticia”. Dios dice que si confesamos nuestros pecados, éstos son perdonados. Cuando hay confesión, hay perdón; y si creemos, obtenemos paz. Nuestro deber es confesar y el de Dios perdonar. Si hacemos nuestra parte, Dios hará la Suya. Hagamos nuestra parte sin preocuparnos por la de Dios. El señor Wilkes hizo bien al preguntar: “¿No hará Dios Su parte cuando usted haya hecho la suya?” No prestemos atención a lo que sentimos, ni a lo que otros digan ni tampoco nos preocupemos por lo que Satanás inyecte en nuestros pensamientos; simplemente ocupémonos en la Palabra de Dios. Si confesamos nuestros pecados, El nos perdona. La vida de un cristiano es una vida que se aferra a la palabra de Dios. Creemos que Dios es fiel y justo, y lo que El haya dicho, se hará. El dice y es. Si nos apoyamos con firmeza en el pacto promulgado por la sangre del Señor, Dios cuidará de nosotros y nos proveerá todo lo que necesitemos. El no puede dejar de cumplir sus promesas porque ha aceptado la sangre del Señor Jesús. Dios ató Su voluntad con Su

pacto y sólo puede actuar dentro de los límites de este convenio. Antes que Dios hiciera un pacto podía relacionarse con el hombre según le pareciera, pero después que pactó con nosotros, sólo puede actuar según lo estipulado en el convenio. El es justo y actúa con rectitud. El nos ama y es justo y misericordioso con nosotros. ¡No hay gracia mayor que ésta! Cuanto más grande es la gracia, más se manifiesta la justicia.

La sangre del Señor Jesús es el precio que se pagó por la posesión adquirida; el nuevo pacto es el documento que lo prueba, y nuestra fe es la que lo posee. A Dios le agrada vernos laborar y edificar sobre este fundamento. Si usted invierte mil dólares en la compra de un terreno, y el título de propiedad es traspasado a su nombre, puede disponer de la posesión adquirida sembrando o construyendo allí, sin tener que pedir el consentimiento de nadie. Sin la sangre del Señor Jesús, no somos dignos de nada. Cuando aplicamos la sangre del Señor Jesús, recibimos el derecho de disponer de todo lo que contiene el pacto de Dios. Por medio de Su sangre recibimos la gracia de Dios, y si apoyándonos en el pacto y en la sangre de Cristo pedimos que Dios nos bendiga, El nos bendice conforme a Su pacto porque esto es justo.

¿Porqué un título de propiedad tiene que ser registrado por el gobierno? ¿Qué valor tiene ese documento? ¿Para qué necesitamos este documento? Este documento conforta nuestro corazón. Este documento hace que el gobierno y la ley nos protejan. Dios teme que nuestra fe sea tan pequeña como para creerle, y que Su gracia sea tan rica como para percibirla; por eso nos dio el nuevo pacto. Dios es fiel. El no teme establecer este convenio con los más estrictos requisitos, y siempre que reclamemos algo basándonos en Su pacto, podemos tener la certeza de que El nos lo otorgará.

Permítanme hacerles una pregunta. ¿Por qué decimos que ésta es la era del nuevo pacto o del Nuevo Testamento? Dios ha esperado por dos mil años que Su iglesia se levante y le demande el cumplimiento de todo lo pactado. Hermanos y hermanas, nuestra fe se fortalece cuando hablamos con Dios. El anhela que nos acerquemos por fe y que asidos de Su pacto le digamos: “Señor, por Tu justicia y fidelidad nos tienes que dar lo prometido, porque lo has establecido así en Tu pacto”. Entonces veremos nueva gracia descendiendo de los cielos, y lo alabaremos porque llenará nuestra boca de miel. Entonces no necesitaremos esforzarnos por alabar al Señor en nuestras reuniones de adoración, pues nuestras bocas estarán siempre llenas de alabanzas.

Jacobo [o Santiago] dice en su epístola que no tenemos, porque no pedimos, y que si pedimos, y no recibimos es porque pedimos para gastarlo en nuestros deleites (Jac. 4:2-3). Sin embargo, yo quiero añadir que no recibimos aun cuando pedimos, porque no creemos. No creemos en las promesas ni en los

hechos ni tampoco en la Palabra de Dios. Más adelante veremos el principio que rige la oración, el cual es hablar con Dios asidos del timón de Su Palabra. El Señor dice en el Antiguo Testamento: “Preguntadme ... mandadme” (Is. 45:11). ¡Podemos mandar a Dios!

Posiblemente usted no conoce la preciosidad de la sangre de Cristo y quisiera evaluarla; pero no debe hacerlo conforme a su entendimiento natural. Simplemente diga: “Señor, no conozco el valor de Tu sangre, pero te pido que cumplas mis peticiones conforme al valor que Tú le das”. Si ora de esta manera, su oración y su vida tendrán más significado. Cuando presentamos ante Dios la sangre de Cristo, podemos demandar lo que esa sangre estableció en el pacto. Andrew Murray dijo que es imposible conocer todo lo que la sangre de Cristo incluye. Por eso es difícil entender plenamente su valor. Esto no es algo tangible. Cuando ore simplemente diga: “Señor, por el valor que Tú le das a la sangre, oye mi oración”. No necesita estar acongojado; simplemente ore. En ocasiones ni siquiera es necesario orar, basta con decirle a Dios que lo que usted desea está establecido en el pacto que El hizo. El es fiel.

Podemos ver por lo anterior que el incrédulo será castigado. Leemos en Hebreos 10:29: “¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotee al Hijo de Dios, y tenga por común la sangre del pacto por la cual fue santificado, y ultraje al Espíritu de gracia?” La persona a la que se alude en este versículo no cree en la muerte y redención del Señor Jesús, y ha despreciado la sangre con la cual Jesucristo estableció el pacto. Por tanto, para esta persona no hay ninguna esperanza, y su final será el castigo; porque aparte del Señor Jesús no hay otro salvador que la pueda redimir. El futuro para el que cree en la Palabra de Dios es transparente y glorioso. La sangre del Señor satisfizo el corazón de Dios y Sus exigencias. Dios está ahora de nuestro lado y lo único que tenemos que hacer es creer en Su palabra. Necesitamos revelación para tener fe y creer en lo que Dios nos ha dado.

CAPITULO CUATRO

EL NUEVO PACTO

(4)

Lectura bíblica: Mt. 26:28

Vimos ya que un pacto incluye una promesa y un hecho. Sabemos lo que es una promesa y lo que es un hecho. Examinaremos ahora con detalle lo que incluye el nuevo pacto. Dios nunca ha establecido un pacto con los gentiles. Para ellos no existe ni el antiguo pacto ni el nuevo. Antes del nuevo pacto y por necesidad, hubo un pacto que caducó. Este asunto tiene que ver con el conocimiento

bíblico. Yo no tenía ninguna intención de hablar sobre esto, pero, con el fin de ayudar a aquellos que están interesados en el estudio de la Biblia, y que buscan entender el origen del pacto, hablaré acerca de ello. En la Biblia, el nuevo pacto es estrictamente para los judíos, el pueblo de Israel, no para los gentiles. En Jeremías 31:31 dice: “He aquí vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá”. En la Biblia, este versículo relata la ocasión en la que por primera vez Dios hace un nuevo pacto con los judíos. Note que Dios hizo el pacto con la casa de Israel y de Judá. ¿A qué época se refiere el versículo 33 cuando dice: “Después de aquellos días”? La mayoría piensa que se refiere al principio del milenio, cuando finalice la gran tribulación. Estos creen que Dios no hará un nuevo pacto con los israelitas hasta que esto acontezca. Si esto fuera así, Dios no habría efectuado un nuevo pacto con nosotros, y tendríamos que esperar hasta que El hiciera un nuevo pacto con los judíos. Debemos notar que sólo la gracia especial de Cristo nos permite participar del nuevo pacto. La Biblia dice claramente que cuando el Señor Jesús murió, derramó Su sangre para promulgar el nuevo pacto. Esta sangre es la sangre del nuevo pacto. El tiempo para promulgar el nuevo pacto entre Dios y los judíos, como lo menciona Jeremías, será al final de la gran tribulación y al inicio del reino. Sin embargo, el escritor del libro de Hebreos aplica la palabra de Jeremías a nosotros. En Mateo 26:28 dice que la sangre del Señor es la sangre del nuevo pacto, y Hebreos 8:8-13 menciona que el nuevo pacto pertenece a esta era. ¿Cómo podemos explicar esto? Tenemos que comprender que Dios hizo un pacto con Abraham, no con nosotros; y que como Abraham fue justificado por fe, nosotros también. Hoy podemos, de igual manera, disfrutar del futuro nuevo pacto. Nosotros estamos haciendo lo que los israelitas harán en el futuro. Dios nos tiene en este tiempo bajo la bendición del nuevo pacto.

Pablo nos dice en Romanos, que un hombre puede participar por fe del pacto que Dios hizo con Abraham. Este mismo principio se aplica al pacto que Dios hará con los judíos. Si seguimos los pasos de Abraham, participaremos del pacto que Dios hizo con él, y si confiamos en lo mismo que los israelitas confiarán en el futuro, participaremos del pacto futuro. Zacarías dice que un día el pueblo de Israel vendrá, creará y reconocerá que Jesús es su Salvador, no sólo su Mesías. Si creemos en el Señor Jesús, como los judíos lo harán en un futuro, Dios nos incluirá en Su nuevo pacto. Si creemos en lo que Abraham creyó, recibiremos la bendición que Abraham recibió, y si creemos ahora en lo que los israelitas creerán en el futuro, recibiremos lo que ellos recibirán.

Podemos ver claramente que el nuevo pacto se ejecutará en el futuro, al inicio del milenio. Debido a que el Señor Jesús murió por nosotros, podemos disfrutar con anticipación la bendición de este nuevo pacto. Debemos poner atención a lo que es el nuevo pacto. ¿Cuántos años transcurrieron desde que por medio de Jeremías, Dios dijo que decretaría un nuevo pacto, hasta el tiempo en que el

Señor Jesús lo estableció? Fue un lapso muy largo; de cientos de años. Durante ese período, el nuevo pacto era letra muerta. Es una lástima que los judíos no recibieran la bendición del nuevo pacto. Este convenio fue redactado, presentado y leído ante ellos. Sabían que Dios había establecido un nuevo pacto con el pueblo de Israel, pero no lo obtuvieron, ni recibieron la bendición que otorgaba. En el transcurso de Su vida en la tierra el Señor echó fuera demonios, sanó enfermos, multiplicó los panes para alimentar a los hombres y predicó el evangelio. Por mucho tiempo El trabajó discretamente en esta tierra sin mencionar este pacto, hasta que una noche, mientras cenaba con Sus discípulos, habló de este convenio muy antiguo, oculto, sepultado y olvidado, pero muy precioso, confiable y firmado. Este pacto nunca había sido reclamado ni usado por nadie; y de repente el Señor declara que la copa es Su sangre, la cual fue derramada por el nuevo pacto. Desde que vino a la tierra, hasta el tiempo en que murió, el pensamiento central que mantuvo ocupado al Señor Jesús fue el establecimiento del pacto. Sin embargo, no lo mencionó sino hasta esa noche cuando dijo que El ejecutaría este convenio, que la sangre que iba a derramar establecería este nuevo pacto.

El hombre ha olvidado el evangelio completo. Muchos dicen que el Señor Jesús derramó Su sangre para redimirnos del pecado. Aunque esto es cierto, debemos ver que El la derramó también para activar este nuevo pacto. Si el Señor no hubiera muerto, y Su sangre no hubiera sido derramada, el nuevo pacto no se habría efectuado y Dios no lo habría podido establecer con nosotros. El Señor derramó Su sangre para redimirnos; sin embargo, la redención no es la meta principal. La redención es sólo el medio para alcanzar la meta final, la cual es establecer y otorgarnos la bendición de este nuevo pacto. Nuestros pecados son perdonados por medio de la sangre del Señor, pero el propósito de derramar Su sangre era activar el nuevo pacto. Nosotros sabemos que sin derramamiento de sangre no puede haber redención. En Hebreos 9:22 dice que sin derramamiento de sangre no hay perdón. La redención y el establecimiento del pacto, aunque están íntimamente relacionados, son diferentes. Hermanos, recuerden que Dios hizo un testamento en el cual nos dio sabiduría, vida y poder; y si no lo hemos recibido es porque nuestros pecados no han sido eliminados. El pecado se interpone entre Dios y nosotros, y nos priva de disfrutar la sabiduría, la vida y el poder que Dios quiere darnos. Nuestros pecados deben ser eliminados. Si nuestros pecados no son quitados El no puede perdonarlos. El pecado no se extirpa por nuestro esfuerzo, mérito o futuras enmiendas, sino porque el Señor fue crucificado, derramó Su sangre, resucitó de la tumba y ascendió. Dios está plenamente satisfecho; por consiguiente, tiene que perdonar nuestros pecados. La única manera en que nuestros pecados son perdonados es siendo limpios con justicia en la sangre del Señor. Sin embargo, cuando los pecadores quieren ser salvos, tratan cualquier método, sea correcto o incorrecto para lograrlo. Antes rechazábamos la salvación, pero cuando descubrimos que estábamos en peligro

de sufrir el castigo eterno en el infierno como resultado del pecado, nos aterrorizamos y probamos muchos métodos para ser salvos. No obstante, ningún método nos ayuda. La manera en que Dios salva no contradice Su justicia, Su santidad, Su naturaleza ni Su voluntad. Antes de ser salvos, éramos sucios y pecadores; no sabíamos que la salvación de Dios era santa, justa y gloriosa, ni que no debe haber conflicto entre Su justicia, santidad y gloria y la salvación de los pecadores. De todas formas no sabíamos ni teníamos interés en estas cosas, ya que estábamos cortos de la gloria de Dios. Dice en Romanos del capítulo tres al cinco, que el Señor fue entregado y crucificado por nuestros pecados, y que resucitó para nuestra justificación. Puesto que éramos pecaminosos, sucios y sin esperanza, estábamos cortos de la gloria de Dios. Pero cuando el Señor Jesús murió y resucitó, recobró la gloria de Dios.

Dios no perdonó nuestros pecados e injusticias ni eliminó el pecado livianamente. Dios juzgó y castigó a los pecadores en Cristo. En El pasamos por el juicio y el castigo y hemos sido salvos.

Conocí en Shanghai a un abogado cristiano que fue salvo después de escuchar un mensaje acerca de la salvación por fe en el Señor Jesús. El se dio cuenta que esta salvación tiene mucha relación con la ley. Según la ley, cuando uno la transgrede, debe ser juzgado y castigado; pero después que cumple la sentencia, deja de ser un transgresor. Si una persona comete un delito y es sentenciado a estar diez años en prisión, después de cumplir esa sentencia, ya no es culpable de ese delito. No lo pueden poner en la prisión de nuevo. Si el afectado lo encontrara en la calle, no le podría hacer nada, porque este hombre ya no es un delincuente. Todos nosotros éramos pecadores, pero ya fuimos juzgados y castigados por Dios; hemos sido librados de nuestros pecados, y nadie puede decir nada en nuestra contra.

Dios salva de una manera que es conforme a Sus justas demandas, dejando que la conciencia lo apruebe. Anteriormente no sabíamos que Dios salva a los pecadores por Su justicia y santidad. Tampoco sabíamos que el pecado tenía que pasar a través de un inexorable juicio y castigo. Dios es santo y justo y no tolera el pecado. Pero debido a que el Señor Jesús murió y resucitó por nosotros, la sangre que El derramó satisface el corazón de Dios. Cuando el santo y justo Dios vio esta muerte, la consideró nuestra muerte y pasó de nosotros; ésta ya no nos afecta.

Dios cuida de Su naturaleza santa y Su justicia y no hace nada que contradiga esto. El actúa conforme a Su naturaleza, en justicia, santidad y gloria. Eso lo califica para salvar a los pecadores. La sangre del Señor es preciosa, y satisface al Dios justo y santo; por eso los pecadores se salvan y llegan a ser justos y sin pecado. Cuando Dios estableció el nuevo pacto, nuestros pecados fueron

eliminados. El Señor nos salva eterna y completamente. Cuando Dios aceptó el sacrificio del Señor, removió nuestra suciedad y todo lo que obstaculizaba el camino para ser aceptados por Dios.

La sangre del nuevo pacto eliminó los estorbos y recobró nuestra herencia. La Biblia habla de la obra salvadora del Señor, la cual nos regresa a la casa del Padre, a Su reino y a la herencia eterna que está reservada para nosotros en los cielos. Cuando miramos la sangre, debemos ver que ésta ha quitado algo, pero que también por ella hemos obtenido algo. La sangre nos permite acercarnos a Dios. El no sólo nos ha traído al atrio, ni únicamente nos ha dicho que vayamos en paz porque nuestros pecados han sido perdonados, sino que nos ha pasado a través del velo, quitando así el velo de separación, y nos ha introducido en Su habitación. El ha quitado y limpiado nuestras iniquidades e injusticias y se ha dado a nosotros para ser nuestro todo. Por lo tanto, todo lo que El hace, nosotros también lo podemos hacer. La sangre es un signo grande de suma, pues nos lo añadió todo. Pablo dijo que si Dios no escatimó ni a Su propio hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará gratuitamente también con El todas las cosas? (Ro. 8:32).

La sangre del hijo de Dios no sólo nos redimió, sino que también adquirió una herencia para nosotros los que creemos en el nombre de Su hijo. Demos gracias a Dios porque Su sangre ha removido todo lo que estaba en nuestra contra. La sangre no sólo ha quitado nuestros pecados y todos los obstáculos, sino que también nos ha incluido en el pacto y nos ha dado todo.

Hermanos, ¿saben ustedes cuán eficaz es un pacto? Si no conocemos el pacto de Dios y sólo oramos como nos parece bien, no obtendremos resultados, porque careceremos del poder para pedir lo que deseamos. Pero cuando vemos la efectividad de la sangre, y todas las bendiciones espirituales en los lugares celestiales que esta sangre ha adquirido para nosotros, y todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, y veamos que todas estas cosas son nuestras, nos daremos cuenta que insensato es mendigar que la obra de Dios se realice. Si voy al Banco de Shanghai y les pido que me den cincuenta dólares porque soy muy pobre, y les ruego durante todo el día, pienso que no recibiré nada. Pero si deposito dinero no necesito rogar, lo que tengo que hacer es reclamarlo al banco. Hermanos, ¿hemos visto lo que es un pacto? ¿Hemos visto que esta forma de pedir es vana, sin base? Cuán diferentes son las peticiones con base en un pacto. El pacto es un documento que muestra que el Señor con Su sangre ha adquirido para nosotros todas las cosas pertinentes a la vida y a la piedad. Cuando pedimos de acuerdo al pacto, no estamos pidiendo algo que no sea correcto; estamos reclamando algo que ha estado bajo custodia y que nos pertenece. Una petición basada en el pacto no es una petición vacía, sino el reclamo de lo prometido. Antes de que el Señor muriera necesitábamos pedir y

orar. Pero ahora, todas las bendiciones espirituales son nuestras, y lo que nos queda por hacer es reclamarlas y usarlas. Dios está de nuestro lado, y por causa de Su sangre podemos obtener todas las bendiciones, venir a El y reclamarlas. Esto no significa que no necesitemos orar, sino que nuestras oraciones deben demandar, más que pedir. El señor Gordon dijo que a partir del Gólgota, todas las referencias acerca de *pedir* que se encuentran en la Biblia, deberían ser cambiadas por *obtener*. Todo aquél que conoce a Dios, al Gólgota, y el significado de la sangre, dirá “amén” a esta palabra. La sangre que fue derramada sobre la cruz en el Gólgota, adquirió para nosotros todas las bendiciones espirituales que se relacionan con la vida y la piedad. Todas estas cosas están guardadas para nosotros, y lo único que tenemos que hacer es reclamarlas. No tenemos que pedir que Dios nos dé lo que El tiene, sino pedirle a través de la sangre, que nos de lo que es nuestro. Por eso decimos que Dios ahora se relaciona con nosotros conforme al principio de la justicia, no conforme a la gracia. Todo lo que el nuevo pacto nos da es según la justicia y es por derecho nuestro. Podemos reclamar todas estas cosas con base en el nuevo pacto.

Necesitamos estudiar específicamente lo que es el nuevo pacto y la diferencia que existe entre la sangre y este convenio. El nuevo pacto es un documento escrito que describe todo lo que incluye nuestra herencia, lo cual fue adquirido por la sangre del Señor. Este documento fue firmado por Dios mismo; confirmando así que la herencia adquirida por el Señor Jesús es nuestra. Tal documento fue comprado a precio de sangre. Uno posee tanto como pueda pagar. El nuevo pacto incluye todas las cosas que la sangre compró.

¿Cuáles son las cosas que la sangre compró? La sangre del Señor nos redimió, y compró todas las cosas que están registradas en el nuevo pacto. Entre ellas hay tres que son muy preciosas, pero las examinaremos más adelante. Debido a que el hombre desconoce los derechos que la sangre le ha otorgado, no sabe cómo dirigirse a Dios, ni cómo hablar con El. Basado en el hecho de que Dios ha llevado a cabo un pacto con el hombre, todas la bendiciones espirituales le pertenecen.

¿Sabe usted cuál fue el primer pacto que Dios hizo con el hombre? Hasta donde sé, la primera ocasión que en la Biblia se habla de un pacto entre Dios y el hombre fue en el caso de Noé. En el relato acerca de este convenio, lo más difícil para Dios era lograr que el hombre entendiera Su voluntad. Dios nos ha hablado en diferentes épocas y de muchas maneras, por medio de los profetas, de la intención que El tiene para con nosotros. El ciertamente desea que conozcamos Su voluntad; pero sin un pacto no podríamos entenderla, ni tendríamos la confianza para orar debidamente.

El hombre tiene la tendencia a dudar de las promesas de Dios. Posiblemente pensemos que tenemos fe. Pero ¿qué sucede cuando nos encontramos solos y desamparados sin nadie que nos ayude o nos conforte, o cuando no dependemos de nadie y nos encontramos en una situación de extrema pobreza o nuestros ingresos económicos se ven reducidos? En estas situaciones nos damos cuenta cuán difícil es creer que Dios suplirá nuestras necesidades. Cuando nos encontramos seriamente enfermos, y el doctor nos dice que nuestro estado es crítico, tal vez nuestro corazón nos diga: “¿cómo puedo saber si mi oración me ayudará?” Podemos pensar que debemos orar mucho y seriamente, para que Dios nos sane; y sin embargo, no sabemos cómo creer aún después de orar así, y sentimos que la capacidad de seguir creyendo en Dios se ha terminado. Esta es la razón por la cual muchas personas no oran cuando todo va bien. Piensan que de todas maneras vivirán sin necesidad de orar, y por supuesto, no tienen deseos ni interés de conocer la voluntad de Dios. Sólo cuando el puente se derrumba y el camino desaparece delante de ellas, cuando se dan cuenta que nadie los puede ayudar, empiezan a orar con respecto al problema y reconocen lo valioso que es entender la voluntad de Dios. Siempre que se enfrentan con dificultades, el diablo les pone toda clase de dudas en sus corazones diciéndoles que se han contaminado y que han cometido muchos pecados, que lo que han hecho es terrible, que cómo se atreven a pedirle ayuda a Dios, que El no escuchará sus oraciones. No sólo serán tentados por el diablo, sino que su carne se debilitará, y dudarán de Dios. Tal vez piensen: “¿Cómo puede Dios contestar la oración de alguien como yo?” Dios sabe que nuestra fe es pequeña; por eso dice que ésta es como una semilla de mostaza. El no nos exigirá una fe más grande que esto, porque El sabe que no la tenemos. La semilla de mostaza es la más pequeña de todas las semillas y todo lo que necesitamos es una fe de ese tamaño. Dios sabe que nuestro corazón es pequeño, por eso nos dio toda clase de promesas, para que podamos creer en El. Nunca ha habido alguien que posea una fe muy grande. Dios no puede forzarnos a creer. Por esta razón El ha hecho pactos con el hombre. Si entendemos lo que es un pacto comprenderemos que Dios no demanda que seamos perfectos ni nos reprenderá por no serlo. El conoce nuestros vacíos y entiende nuestras debilidades, y sabe que nuestra fe es muy pequeña y que ésta no puede escalar el muro para llegar hasta El. Así que El descendió al nivel del hombre para pactar con él. El pacto fue iniciado y ordenado por Dios. El conoce nuestra debilidad y nos lo ha dado como un medio para que podamos creer en El.

En el tiempo de Noé, Dios envió el diluvio para destruir al hombre que había pecado en gran manera y estaba lleno de iniquidad. La totalidad de las criaturas vivientes incluyendo al hombre y a los animales, fueron destruidas por el diluvio. Solamente la familia de Noé (ocho personas en total), junto con los animales que ellos hicieron entrar al arca, fueron preservados. A las personas que sobrevivieron después del diluvio, posiblemente les preocupaba que pudiera

venir otro y destruyera el mundo de nuevo si ellos volvían a pecar, y que no hubiera otra arca para salvarse. Temiendo perecer estos ocho sobrevivientes permanecieron en el arca durante un año. Durante este tiempo no vieron ni tierra ni gente. De día y de noche todo lo que veían era una gran extensión de agua, y todo lo que escuchaban era el sonido del agua. Cuando las aguas se retiraron, ellos habitaron en un inmenso e inhóspito desierto. No conocían la voluntad de Dios. No sabían si iban a enfrentar otro diluvio devastador como el que habían pasado, o si Dios los guardaría del hambre y la sed. Tampoco sabían si Dios permitiría que la tierra volviera a producir alimento, y si podían vivir en ella en paz sin temor de perecer. Dios sabía que era difícil que el hombre entendiera Su buena voluntad; por lo cual, le dio algo de que asirse, un pacto: “He aquí que Yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestros descendientes después de vosotros; y con todo ser viviente que está con vosotros; aves, animales y toda bestia de la tierra que está con vosotros, desde todos los que salieron del arca hasta todo animal de la tierra. Estableceré mi pacto con vosotros, y no exterminaré ya más toda carne con aguas de diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra. Y dijo Dios: Esta es la señal del pacto que yo establezco entre mí y vosotros y todo ser viviente que está con vosotros, por siglos perpetuos: Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra. Y sucederá que cuando haga venir nubes sobre la tierra, se dejará ver entonces mi arco en las nubes. Y me acordaré del pacto mío, que hay entre mí y vosotros y todo ser viviente de toda carne; y no habrá más diluvio de aguas para destruir toda carne. Estará el arco en las nubes, y lo veré y me acordaré del pacto perpetuo entre Dios y todo ser viviente, con toda carne que hay sobre la tierra. Dijo, pues, Dios a Noé: Esta es la señal del pacto que he establecido entre mí y toda carne que está sobre la tierra” (Gn. 9:8-17). Dios hizo un pacto con Noé porque sabía que a la familia de Noé, después de salir del arca y debido a la experiencia que habían pasado, le preocupaba el futuro y temía que El no los protegiera de la destrucción de otro diluvio. Cuando Noé creyó en las palabras de Su pacto, tuvo paz y no temió más. Por este pacto pudo creer en Dios y descansar. Esta es la función de un pacto. Cuando el hombre no conoce o no entiende la voluntad de Dios, El le da un pacto para que se aferre a él. Por medio del pacto podemos conocer la voluntad de Dios.

La historia de cómo Dios cuida del hombre es muy similar a la historia de los pactos que hace con el hombre. Dios ha hecho que el hombre participe en estos pactos. Abraham, Isaac, Jacob, David y todos los creyentes del pasado y del presente han tenido parte en estos pactos. La Biblia en su totalidad habla de los pactos de Dios. Todas las bendiciones que Dios dio a Noé, Abraham, David, a los judíos y a los creyentes del presente están contenidas en estos pactos, para que el hombre no dude más de El, sino que crea en Su palabra. Por causa de nuestra debilidad e incredulidad, Dios está dispuesto a permanecer atado y restringido

por los convenios que ha hecho con el hombre. Todo lo que necesitamos hacer es pedir de acuerdo a este documento legal.

Después de que Salomón concluyó la edificación del templo, entendió que Dios había hecho un pacto con David su padre, oró para que Dios cumpliera las palabras que había prometido con Su propia boca. Salomón se apropió de las palabras que Dios había dado a David y le demandó que cumpliera Su promesa. Nosotros ahora contamos con el nuevo pacto que Dios ha establecido, lo único que tenemos que hacer es pedir que Dios cumpla en nosotros lo que prometió en Su pacto. Dios es infinitamente grande y aparentemente inalcanzable. Por causa de Su grandeza, no nos atrevemos a acercarnos a El ni sabemos como orar. Pero se ha limitado a Sí mismo por causa de estos pactos, de tal manera que nos podamos acercar, orar, clamar a El y hablar con El.

Cuando conocemos la grandeza y riquezas que el nuevo pacto contiene, comprendemos lo vastos que son el amor y la gracia de Dios. Si no existieran estos pactos, ¿cómo podríamos negociar con Dios y hablar con El? Si El no nos hubiera dado Su gracia, ¿existirían estos convenios? Si sólo tuviéramos una fe pequeña y débil, ésta sería como la luz tenue de una vela débil y vacilante frente al viento. Pero podemos asirnos del timón de Dios que hallamos en Su palabra, para que El nos conteste y supla todas nuestras necesidades.

Recordemos la palabra de Isaías que dice: “Hazme recordar” (Is. 43:26). Esto indica que, al igual que nosotros, Dios tiende a olvidar y tenemos que recordarle. Si oramos y no hemos recibido nada, debemos recordarle a Dios diciéndole: “Señor, acuérdate del pacto que hiciste conmigo, cumple Tu promesa”. Si hace esto, seguramente lo recibirá. (Esta palabra es únicamente para aquellos que conocen al Señor en una manera profunda.)

En Hebreos 13:20-21 dice: “Ahora bien, el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran Pastor de las ovejas, en virtud de la sangre del pacto eterno, os perfeccione en toda obra buena para que hagáis Su voluntad, haciendo El en nosotros lo que es agradable delante de El por medio de Jesucristo; a El sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”. ¿Qué debemos hacer? La oración de este creyente, uno de los hombres de oración más grandes en toda la Biblia, dice que Dios, mediante Jesucristo, hará en nosotros lo que es agradable a Sus ojos. ¡Qué oración tan maravillosa! El le pide a Dios “en virtud de la sangre del pacto eterno”. Pide que el Señor Jesús viva en nosotros, y que podamos hacer las cosas que son agradables ante Dios. El basa su petición en el pacto eterno, el testamento que Dios hizo cuando resucitó al Señor Jesús de la muerte. Esta oración excelente no es otra cosa que una demanda basada en el pacto eterno, el cual fue establecido por la sangre que el Señor derramó. Debemos tener la fe que nos permita orar apoyados en el pacto.

Esta clase de oración es poderosa y efectiva. Si creemos en el pacto, seremos fortalecidos y oraremos con osadía.

Hermanos, ¿cuál es la oración que se basa en el pacto? La oración del escritor de Hebreos es una de ellas. En la Biblia hay muchas oraciones como ésta. Desafortunadamente nadie ora conforme a lo estipulado en el pacto, pidiendo las riquezas prometidas en Cristo, para poder así glorificar a Dios.

Por último, debemos recordar que tenemos el derecho de orar y de pedir que Dios actúe según Su pacto. Debemos recordarle que El hizo un convenio con nosotros, y que debe cumplir lo establecido en él. Tengo que repetir una vez más que orar sin fe es en vano. Supongamos que un amigo le da un cheque de una gran cantidad de dinero para que lo cobre cuando usted quiera. Si usted no endosa el cheque, no lo podrá obtener. La culpa será suya. El Señor Jesús vino a la tierra, fue crucificado, derramó Su sangre y activó el nuevo pacto para que podamos negociar con El. Si no ejercitamos nuestra fe para reclamarlo y aplicarlo, estas cosas no tendrán ningún efecto en usted. Algunos creyentes carecen de fe. Y no me refiero a los creyentes que se han enfriado, sino a aquellos que son considerados como fervientes cristianos. Estos oran según les parece, pensando que si se arrepienten, prometen hacer el bien y se esfuerzan por ser buenos cristianos, Dios contestará sus peticiones.

Basándonos en el nuevo pacto podemos ejercitar nuestra fe para apropiarnos de todas esas riquezas.

CAPITULO CINCO

EL NUEVO PACTO

(5)

Lectura bíblica: Mt. 26:28; He. 8:6-12

Ya hemos visto que nuestro Dios es un Dios que hace pactos con el hombre. También vimos que no se exaltó a un nivel inaccesible, sino que se despojó a Sí mismo, descendiendo a nuestro nivel, para que pudiéramos disfrutar de los mismos derechos que El tiene. También dijimos que Dios nos ha elevado a un nivel que nos permite relacionarnos con El para poder exigir lo que nos legó según Su pacto. Dios nos permite que demandemos para entonces proceder a nuestro favor. Despertemos y ejercitemos nuestra fe asiéndonos de El.

Podemos ver que en el lenguaje original, la palabra *pacto* tiene dos significados: *pacto y testamento*. Estas dos palabras tienen la misma connotación en el griego. En libro de Hebreos, la palabra *pacto* se usa en repetidas ocasiones.

Primero nos dice que Cristo es superior a los profetas, a los ángeles, a Moisés, a Josué y a Aarón. Todo esto es maravilloso, pero no es la meta principal de este libro. En verdad Hebreos enseña esto, y los expositores de la Biblia han hecho un trabajo digno de elogio. No obstante, la meta específica de Hebreos es presentarnos el nuevo pacto. Muchas veces se da énfasis a esto en los capítulos del seis al trece. Aunque este libro menciona también otras cosas tales como la sangre, Aarón, Moisés y los sacrificios; lo hace con relación al nuevo pacto. La meta principal de estos capítulos es mostrarnos lo que es este nuevo pacto.

LOS DOS ASPECTOS: EL PACTO Y EL TESTAMENTO

¿Quién es éste que hizo un nuevo pacto con nosotros? ¿Dios o el Señor? No fue el Señor, sino Dios. El Señor Jesús fue el que derramó Su sangre para realizar el nuevo pacto, pero el que hizo el pacto con nosotros fue Dios. El es la otra parte interesada. ¿Por qué decimos que el pacto es también un testamento? El pacto es un acuerdo que Dios llevó a cabo, pero también es algo que el Señor Jesús nos dejó al morir, por eso es un testamento. Un pacto no requiere que su hacedor muera para entrar en vigencia, pero un testamento sí. Se sabe universalmente que mientras un hombre viva, su testamento no puede hacerse efectivo. Esta es la razón por la cual decimos que Dios hizo un pacto con nosotros, y que el Señor Jesús nos dejó un testamento. Por un lado, el Señor adquirió la herencia con Su sangre; y por otro, nos dejó este nuevo pacto como una herencia.

En Hebreos 9:15-17 dice: “Y por eso es Mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo una muerte para remisión por las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna. Porque donde hay testamento, es necesario que conste la muerte del testador. Porque el testamento se confirma *sólo* en caso de muerte; pues no es válido mientras el testador vive”.

Y en Hebreos 10:16-17 dice: “Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: Pondré Mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré. Y añade: Y nunca más me acordaré de sus pecados e iniquidades”.

Observe que Hebreos 8 dice que Dios hizo un nuevo pacto. “Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré ... porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos” (vs. 10-11). Vemos aquí que el capítulo diez es la repetición del capítulo ocho.

El capítulo nueve nos dice que el Señor Jesucristo es “el Mediador de un nuevo pacto”. La traducción más exacta sería: “el Ejecutor de un nuevo pacto”. En Hebreos 10:16 dice que Dios estableció el nuevo pacto. Con respecto al pacto, Dios es el Autor, y con respecto al testamento, Cristo es el Mediador. Veamos ahora una lista de los asuntos incluidos en este nuevo pacto:

1) Ser limpiados	}	Salvación
2) Conocimiento	}	Victoria
3) Vida y poder	}	

El pacto consta de tres partes principales: la limpieza, que se relaciona con el pecado; el conocimiento, que está relacionado con el conocimiento de Dios; y la vida y el poder, que tienen que ver con la victoria. En lo que se refiere al pacto que hizo con nosotros, Dios nos limpia, nos concede conocerlo, y nos da vida y poder. En cuanto al testamento, la voluntad de Cristo es limpiarnos, darnos el conocimiento de Dios, y la vida y el poder.

Hermanos: ¿cuál es la similitud entre un pacto y un testamento? Lo que recibimos del pacto es lo mismo que obtenemos del testamento. Sin embargo, en lo que a Dios respecta, estos dos términos son diferentes. En lo que a nuestra relación con Dios se refiere, es un pacto; pero con respecto a nuestra relación con el Señor; es un testamento. El Señor también es el Ejecutor de este testamento. Debemos aclarar que un testamento no entra en vigor sino hasta que el testador muere. Por eso el capítulo nueve hace énfasis en la sangre del pacto. El Señor Jesús llevó la sangre al lugar Santísimo, lo cual nos muestra que el testador murió. Dios sabe que el testador murió y que nosotros también. En la noche que fue traicionado, el Señor Jesús alzó la copa y el pan como señal de que debíamos recordar Su muerte. Pablo nos dice que el propósito de la copa y del pan es declarar la muerte del Señor. Así que podemos declarar que el Señor murió, y que el testamento fue puesto en vigencia.

En la época de Jeremías se hablaba del nuevo pacto. A pesar de que durante esos quinientos o seiscientos años ese convenio ya existía, éste no había entrado en vigencia. Esto es semejante a un testador que deja su testamento al cuidado de un abogado. La voluntad de este hombre no tendrá vigencia sino hasta que muera. Entonces, todo lo establecido en el testamento estará disponible. Antes de que el testador muera, el testamento es simplemente un papel. Un día, el Señor inesperadamente dijo: “Tomad, comed; esto es Mi cuerpo ... Bebed de ella todos; porque esto es Mi sangre del pacto” (Mt. 26.26-28). Esta declaración nos permite recibir el testamento. El pacto más grande y más glorioso que existió por quinientos o seiscientos años es ahora nuestro. Hermanos, mi intención no es tratar de entretenerlos hablándoles acerca del contenido del nuevo pacto, sino mostrarles el nuevo pacto. El nuevo pacto es el testamento del Señor; es Su herencia. Ahora podemos conocer a Dios sin ayuda de nadie, y podemos complacerlo y hacer Su voluntad. Estas son las cosas que el nuevo pacto de Dios y el testamento del Señor nos legaron.

Para hacer un testamento, es crucial que esté presente un testigo, pero es más importante que alguien ejecute el testamento. En muchas ocasiones algunos

abogados ejecutores de testamentos son deshonestos. Pero gracias a Dios que el que estableció y ejecutó el testamento fue el Señor Jesús. El Señor Jesús en Su muerte hizo el testamento, y lo ejecutó en Su resurrección. El nos dio las mejores y más preciosas bendiciones. Nos dio la salvación y la victoria. Aunque el nuevo pacto parece que sólo incluye estos tres aspectos, todas las necesidades y demandas de un cristiano están incluidas allí. El Señor introdujo la sangre en el Lugar Santísimo declarando que el testador murió. Como Sumo Sacerdote, El llegó a ser el Mediador del nuevo pacto en los cielos.

En Hebreos 12:22-24 dice: “Sino que os habéis acercado al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, y a miríadas de ángeles, a la asamblea universal, a la iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel”. Aquí se nos dice que no nos hemos acercado al monte Sinaí, sino al monte de Sion, el cual es el lugar de reunión de Dios, los ángeles, los justos resucitados y los primogénitos. Este lugar es también donde el Señor Jesús, el Mediador del nuevo pacto está. El no sólo es el Sumo Sacerdote, sino también el Mediador eterno. El vive por los siglos de los siglos haciendo que el nuevo pacto este vigente. El verá el resultado del derramamiento de Su sangre: el hombre conocerá a Dios, y tendrá la vida y el poder para obedecerle. Con este propósito El ha llegado a ser el Mediador. Debido a la fidelidad y la justicia de Dios, este pacto nunca podrá ser revocado o anulado; y por el poder de la resurrección de Cristo, estará vigente para siempre.

El Señor Jesucristo es el testador que nos ha dejado una herencia. Recibir lo estipulado en el testamento significa obtener algo que no teníamos antes. Lo obtenemos sin ningún esfuerzo o trabajo. Es algo que El nos dio. Esto es lo que significa heredar el nuevo pacto. Algunas personas tienen ideas absurdas acerca de esto. Piensan que si han pecado, deben esforzarse por hacer el bien, hasta que sus pecados le sean perdonados. Posiblemente pasarán muchos años antes que crean que sus pecados han sido perdonados. Otras piensan que tienen que orar hasta sentir paz para ser perdonados. En verdad, esto es lo que ellos hacen, pero no es lo que el testamento les ofrece.

Pablo dijo algo muy significativo: “Los hijos no deben atesorar para los padres, sino los padres para los hijos (2 Co. 12:14b). Un testamento es un legado que nos permite disfrutar del producto de la labor de otros sin ningún esfuerzo ni trabajo.

Muchos me han preguntado cómo pueden conocer la voluntad de Dios, y por qué ellos no la conocen. En mi revista escribí que un cristiano puede distinguir la voluntad de Dios, de la misma manera que distingue la cizaña del trigo. Un

creyente leyó mi publicación y me escribió diciendo que él no podía distinguir la voluntad de Dios, al igual que no distinguía entre la cizaña y el trigo. Lo que nos capacita para distinguir la voluntad de Dios es la sabiduría espiritual. Esta sabiduría nos permite conocer la voluntad de Dios sin esfuerzo ni vanos intentos. Esta sabiduría es la voluntad de la herencia que nos ha sido otorgada en el testamento del Señor Jesús. Esta sabiduría está en nuestro interior y nos permite conocer la voluntad de Dios. Por consiguiente, los cristianos pueden y deben conocer la voluntad de Dios. Ningún creyente puede negar esto.

Algunos cristianos dicen: “La enseñanza de la Biblia es correcta doctrinalmente, pero sigo igual de débil aún después de conocerla. Cuando las tentaciones se presentan caigo sin ninguna resistencia”. Todo aquél que ha experimentado Romanos 7 sabe cuán débil es. Los que no conocen el poder de Dios, no tienen la fuerza en sí mismos para vencer el poder del mundo, ni el poder que está dentro de ellos, el cual es el poder de Satanás. Hermanos, esto no se puede lograr por nuestros propios esfuerzos. Tenemos un testamento y no tenemos que esforzarnos ni luchar para poder recibirlo porque es nuestro gratuitamente.

El ejecutor de un testamento es el responsable de la vigencia de éste. Este legado es nuestra porción por derecho. El Señor Jesús es el Ejecutor fiel, y jamás seremos privados de ninguna de las cosas que están incluidas en este testamento. Recibiremos limpieza, vida y poder, las cuales satisfacen nuestra vida espiritual. El Señor Jesús murió y resucitó por nosotros. El no sólo nos dejó Su testamento, sino que El mismo es el Ejecutor fiel. Por lo tanto, no debemos tener una vida pobre, seca, y carente de poder, sino que debemos levantarnos y avanzar, ejercitando nuestra fe para recibir todas las promesas.

¿Por qué el bautismo se hace una vez y el partimiento del pan muchas veces? ¿Por qué en el tiempo de los apóstoles la iglesia partía el pan los domingos? La copa es la copa del nuevo pacto, que nos recuerda que la postura del cristiano se basa en lo pactado. La sangre se refiere a la gracia de Dios, y la copa a Su justicia. Esta copa es la copa del pacto. Cada domingo recordamos el nuevo pacto con la copa, recibiendo así lo que éste contiene. El Señor dijo que debemos beber esta copa, porque es la copa del pacto. No debemos mirar esto como simple vino, sino recordar que esta es la copa del pacto y que el Señor quiere que la bebamos hasta estar satisfechos. Debemos beber todo lo que El nos ha dado. El Señor quiere que recordemos que El está atado por este pacto, y Su satisfacción es darnos todas Sus promesas. El quiere que siempre recordemos que podemos disfrutar eternamente de este legado. Siempre que recordamos al Señor delante de Dios, El nos muestra estas cosas. El pan y la copa nos recuerdan al Señor. El Señor se relaciona con nosotros de acuerdo a las condiciones estipuladas en este pacto; por eso, cada vez que recordamos al

Señor, recordamos que El está presente. Si usted desea ser lleno del Espíritu Santo, conocer la voluntad de Dios o ser limpio, lo puede lograr.

Hebreos 8:10-12 nos muestra tres cosas: (1) Dios pondrá Sus leyes en nuestras mentes, y las escribirá en nuestros corazones; y será nuestro Dios, y nosotros seremos Su pueblo. (2) No enseñaremos a nuestro prójimo ni diremos a nuestro hermano: “Conoce al Señor”, porque todos lo conoceremos desde el menor hasta el mayor. (3) El será propicio a nuestras injusticias y nunca más se acordará de nuestros pecados.

Podemos ver que el nuevo pacto incluye tres áreas distintas: (1) Dios nos ha dado el poder de la vida nueva como nuestra fortaleza para hacer Su voluntad. (2) Ahora podemos hacer lo que como hermanos y vecinos no podíamos. (3) Dios nos da el conocimiento de acuerdo al nuevo pacto, para que entendamos que Su muerte es nuestra muerte, y que Su castigo es nuestro castigo. Somos salvos por creer en El.

Hermanos, hemos sido perdonados y limpiados de nuestros pecados; éstos no han sido simplemente olvidados. Nuestros pecados son perdonados; pero esto no sucede con el transcurso del tiempo o porque nos olvidamos de ellos. Quizá podemos olvidarnos del pecado por un tiempo, pero la conciencia no muere; sólo duerme. De repente ésta se despierta y nos condena de nuevo. Nuestra conciencia no se queda quieta indefinidamente. Por consiguiente, Dios permitió que el Señor Jesús muriera para que nuestros pecados pudieran ser perdonados y nuestras injusticias limpiadas. Delante de Dios, el problema de nuestros pecados ya se resolvió para siempre.

Aparte de esto, El nos colocó en una nueva posición y en un nuevo hogar para empezar a servir a Dios. Al comienzo de nuestro servicio a Dios, sentimos que lo hacemos mal, que no es correcto. Si pensamos que no sabemos cómo servir a Dios ni cómo dirigirnos a El, sufriremos mucho. Pensaremos que si hubiéramos conocido la voluntad de Dios antes, no habríamos cometido tantos errores. Si no conocemos a Dios nos angustiamos constantemente. Pero permítanme decir que Dios no solamente olvidó nuestros pecados, sino que nos ha dado la sabiduría para conocer Su voluntad y Su corazón. Somos aquellos que conocen la voluntad y el corazón de Dios. El significado de esto es muy profundo. Esto significa que no tenemos que acudir a Dios para juzgar y discernir conforme a Sus juicios. Quizás algunos hermanos conocen la voluntad de Dios. Pero el nuevo pacto no se limita a esto; este convenio nos permite conocer el corazón de Dios y juzgar y discernir basándonos en éste.

Permítanme decir esto: una cosa es conocer la voluntad de Dios y Su corazón, y otra poder *cumplirla*. No sólo debemos saber a dónde vamos, sino que también

debemos tener el poder para llegar. En este nuevo pacto, Dios nos ha dado el poder. No nos dio simplemente conocimiento, sino también el poder para llevar a cabo Su voluntad. Hermanos, si tenemos esto, es suficiente. Hemos sido perdonados, limpiados y hemos recibido el conocimiento, la vida y el poder, y estamos satisfechos. Debemos saber que Dios sólo nos ha dado un nuevo pacto, y con él nos llena.

Lo primero que se estipula en el nuevo pacto es la purificación, la cual tiene que ver con la salvación; lo segundo es el conocimiento, que se relaciona con nuestro entendimiento de Dios; y lo tercero es la vida y el poder, relacionado con nuestra victoria. Si el primer asunto es digno de confianza, entonces el segundo y el tercero también deben serlo. ¿Por qué muchas personas han recibido lo primero, y tan pocos lo segundo y lo tercero? Los creyentes podemos recibir los tres al mismo tiempo. No tenemos que recibirlos en diferentes ocasiones, ni necesitamos buscar a Dios una segunda vez para obtenerlos. Aquél que se levante hoy, y se aferre a Dios por fe y le diga: “Señor, Tú pacto dice que puedo conocer Tu corazón, Tu naturaleza, que puedo entenderte y saber como eres”. Este conocimiento no es un conocimiento común, es la vida eterna la cual nos capacita para conocer a Dios. Este conocimiento es para jóvenes y viejos. Todos podemos conocer a Dios. Sin embargo, necesitamos ser limpiados para obtener conocimiento, vida y poder. Por eso existe el perdón de pecados. Sin embargo, esto no significa que al recibir el nuevo pacto experimentaremos esto en diferentes etapas.

Mucha gente considera la salvación y la victoria como dos etapas diferentes. Realmente, no hay necesidad de separar la salvación y la victoria de esta manera. No necesitamos una segunda obra de la gracia de Dios para poder ser vencedores. Podemos recibir salvación, victoria y poder a la vez. Debido a que la vida de algunos es enfermiza, necesitan la obra de la gracia de Dios por segunda vez. Pablo no tuvo una segunda experiencia; él se llenó del Espíritu Santo desde el primer momento. No todos los salvos pueden ser de inmediato creyentes maduros, fieles y experimentados. Un cristiano necesita crecer, pero esto no significa que es limpiado, recibe vida y poder y conocimiento en diferentes etapas.

Puede ser que los que han sido salvos recientemente no tengan la experiencia de aquellos que han sido fieles en el Señor por veinte años o más. Sin embargo no deben estar en una condición de escasez como muchos cristianos de hoy. Cuántos cristianos escuchan la voz interior y saben cómo ser guiados por Dios; y cuántos hacen lo correcto sin tener necesidad de que otros les enseñen. Unos necesitan que se les diga que deben y que no deben hacer; de lo contrario se equivocan en sus decisiones. Otros son muy amorosos, pacientes y buenos, pero necesitan que alguien los guíe. Para cada cosa, preguntan qué hacer. Cuántos

pueden ir adelante de acuerdo a la Biblia y a la guía interior sin tener que preguntar a otros qué hacer. Cuántos han recibido la verdad, el poder, el conocimiento y la limpieza legados en el nuevo pacto.

¿Cuántos entre nosotros son poderosos? Sabemos que en nosotros mismos no tenemos poder. Por eso tan pronto se presentan las tentaciones, fallamos. Somos débiles y “nuestros corazones se derriten como agua” (Jos. 7:5), y no podemos vencer. Pero en el nuevo pacto tenemos provisiones maravillosas. El nuevo pacto satisface todas nuestras necesidades. No se le puede agregar ni quitar nada. Dios ha hecho un trabajo perfecto. Esto es lo que todo cristiano recibe. Dios salva a una persona y le da estas tres cosas para que pueda vivir sin desear nada más por el resto de su vida.

Antes de ser salvos, pecábamos y nuestra conciencia no estaba en paz, y nos preguntábamos qué hacer acerca de esto, y qué sucedería si nos arrepintiéramos. Cuando escuchamos que Dios podía perdonar todas nuestras injusticias y nuestros pecados, cuestionábamos Su disposición y capacidad para perdonar. No comprendíamos que Dios envió al Señor Jesús a la tierra para salvarnos, que Su pacto confirma esto y que no teníamos que esperar más. Ahora nosotros vemos la gloria que está en el nuevo pacto de Dios. En el nuevo pacto, está la limpieza, el conocimiento y el poder. Sin embargo, aquellos que no tienen fe no cambiarán.

CAPITULO SEIS

EL NUEVO PACTO

(6)

Lectura bíblica: Mt. 26:28; 8:10-12

En los mensajes anteriores mencionamos las promesas de Dios, Sus hechos y Su pacto. Vimos que el pacto incluye el perdón de pecados, la purificación y la unción, la cual permite que el hombre conozca a Dios directamente. También vimos que el Espíritu Santo que mora en nosotros, nos capacita para tener una vida nueva que hace lo que es agradable ante Dios. Más adelante hablaremos de esto último con más detalle. Examinaremos ahora cómo nuestros pecados son perdonados, lo que Dios ha hecho por nosotros y lo que nos ha dado. Previamente nos referimos a los dos aspectos del pecado, los cuales son: nuestros pecados ante Dios, y el pecado que hay en el hombre. Quisiera añadir algo al respecto para los creyentes nuevos.

Según la Biblia el pecado tiene dos aspectos: (1) los pecados que cometemos ante Dios, por los cuales merecemos ser castigados y (2) la naturaleza

pecaminosa que está dentro de nosotros, la cual nos gobierna y nos domina. Con respecto al pecado, podemos ver que existe una diferencia entre el pecado que está dentro del hombre, y el pecado que se halla delante de Dios. Además, el pecado en la conciencia, es diferente del pecado en el corazón; así como el pecado ante la ley es diferente del pecado en nuestro vivir. Los pecados que están expuestos delante de Dios nos privan de tener paz; y por otro lado el pecado que está en nosotros nos gobierna. Antes de ser salvos, cuando pensábamos en los pecados que habíamos cometido, no teníamos paz. Cuando fuimos tocados por el Espíritu Santo, nuestra conciencia clamó y llegamos a comprender que estábamos bajo condenación. La conciencia, que estaba adormecida, se despertó y empezamos a pensar en el juicio venidero, en el castigo que merecíamos y en el sufrimiento eterno del infierno. Entonces tuvimos temor de este juicio y deseamos que nuestros pecados fueran borrados del libro de Dios.

La mayoría de nosotros, antes de recibir al Señor Jesús como nuestro Salvador, estábamos desesperados y sin ninguna esperanza de recibir ayuda. Pero un día oímos que el Señor Jesús fue crucificado y derramó Su sangre para perdonarnos y limpiarnos de nuestros pecados. El llevó la carga de nuestros pecados y sufrió el juicio y el castigo destinado a nosotros, muriendo en nuestro lugar; de tal manera, que cuando sufrió el juicio y el castigo de la ira de Dios, nosotros también lo sufrimos en El. Su muerte nos salvó. ¡Gracias y alabanzas sean dadas a Dios por Su salvación plena! El Señor Jesús nos salvó, nos perdonó y nos limpió de nuestros pecados, y ya no sufriremos ningún castigo. Desde el día que fuimos salvos, ya no sentimos la carga de nuestros pecados. Nuestras transgresiones fueron perdonadas y hemos sido limpiados. Ya no somos pecadores, sino personas salvas que han recibido la gracia de Dios. Ahora tenemos el Espíritu Santo en nosotros, el cual nos hace clamar espontáneamente: ¡Abba, Padre! Tenemos una vida que está unida al Señor Jesús. La muerte del Señor eliminó la lista de pecados que pesaba sobre nosotros. A Dios le agradó aceptar el sacrificio del Señor Jesús; por lo cual eliminó los pecados que estaban delante de El. ¿Significa esto que nunca volveremos a pecar? No. Seguiremos teniendo pensamientos impuros, nos enojaremos, e incluso continuaremos siendo celosos y orgullosos. Decimos que nuestros pecados han sido eliminados, pero ¿por qué continuamos pecando? Tenemos que darnos cuenta que la sangre del Señor Jesús únicamente quitó los pecados que habíamos cometido; pero no el pecado que mora en nosotros.

La Biblia nos presenta dos aspectos de la muerte del Señor. La cuenta de pecados que Dios llevaba, fue eliminada por Su sangre. Sin embargo, el pecado en nosotros, sólo puede ser eliminado por medio de Su cruz. No estoy hablando de la erradicación del pecado, que algunos predicán, sino de la crucifixión de nuestro viejo hombre por medio de la cruz del Señor. Anteriormente vimos que

el pecado es el amo dentro de nosotros, que el viejo hombre es el intermediario, y que nuestro cuerpo es el esclavo. El Señor Jesús no es como los filósofos que enseñan a someter al cuerpo, ni tampoco elimina el pecado erradicándolo de nosotros. El Señor Jesús llevó nuestro viejo hombre a la cruz, de manera que nuestro cuerpo de pecado quedó sin uso, para que ya no sirviéramos al pecado como esclavos. La Biblia no dice que la sangre limpia nuestros corazones; dice que limpia nuestras conciencias. ¿Qué es la conciencia? Es la parte que nos condena y nos hace sentir mal cuando pecamos. La sangre del Señor hace que nuestra conciencia no sienta la condenación del pecado ni que temamos ser castigados por la lista de pecados que está delante de Dios. No obstante, el pecado del corazón todavía está ahí.

Dios perdonó nuestros pecados e injusticias. El nos absolvió y olvidó nuestros pecados. Hermanos, es necesario que entendamos la diferencia entre la lista de pecados que está ante Dios, y el pecado que está dentro de nosotros. Los capítulos del uno al cinco de Romanos hablan de la lista de pecados que está delante Dios y de la sangre que nos limpia de nuestros pecados. En este pasaje no se menciona el pecado que está dentro del hombre, y aunque el capítulo cinco alude al pecado de Adán, no se centra en él. Sin embargo, a partir del último versículo del capítulo cinco, hasta el capítulo ocho, describe detalladamente el pecado que mora en el hombre. Por consiguiente, en esta porción de la Palabra no dice que la sangre limpia nuestra carne ni el pecado de nuestros corazones, sino que nuestro viejo hombre fue crucificado, y que el cuerpo de pecado ha sido anulado, a fin de que no sirvamos más al pecado como esclavos.

No nos referimos a vencer el pecado. Los pecados que están expuestos delante de Dios nos ocasionan problemas y nos roban la paz. Cuando pensamos en este tipo de pecado, dudamos que Dios nos quiera perdonar y aceptar. Nos preguntamos si una persona que peca como nosotros lo hacemos, puede presentarse delante Dios. Este tipo de pecado es diferente del pecado que está dentro de nosotros. El pecado en nosotros nos tienta y nos arrastra a pecar. Es una ley, un poder que nos atrapa y nos fuerza a hacer lo que no queremos. Si no tenemos la fuerza para resistirlo, seremos como yerba seca sacudida por el viento y capturados por algo que está en nuestro corazón que nos fuerza a actuar en contra de nuestra voluntad. No tenemos escape. Muchos cristianos continúan cometiendo pecados muy sucios que los hace dudar incluso de su salvación. Ellos dudan porque no han visto la diferencia entre el pecado que está dentro del hombre y la lista de pecados que está ante Dios. Todo aquel que cree en el Señor Jesús, es perdonado y limpiado de sus pecados completamente. Sin embargo, el pecado dentro de ellos sigue siendo impuro y maligno como antes. Estas dos cosas son muy diferentes. La sangre del Señor nos limpia de nuestros pecados ante Dios, pero no puede arrancar el pecado que mora en nosotros.

La sangre es objetiva, mientras que la cruz es subjetiva. La sangre nos redime solamente de nuestros pecados ante Dios; pero la cruz termina con el pecado dentro de nosotros. Anteriormente éramos esclavos del pecado, y por experiencia conocemos el poder que éste tiene. El día que creímos en el Señor Jesús, y lo aceptamos como nuestro Salvador, fuimos lavados de nuestros pecados por Su sangre. Sin embargo, todavía somos fácilmente tentados a cometer los más horribles pecados. Esto hace que dudemos de la realidad de nuestra salvación.

La Biblia hace una clara separación entre estos dos tipos de pecados. El pecado dentro de nosotros fue terminado cuando el viejo hombre fue crucificado. Si por fe creemos esto, venceremos al pecado. Tenemos que admitir que todos nosotros somos pecadores. Si no lo hacemos, nunca seremos iluminados por el Espíritu Santo. Cuando el hijo pródigo regresó al hogar no le dijo al padre que tenía las manos resentidas, que estaba descalzo, que tenía frío y hambre ni que había pasado por muchos sufrimientos. Lo primero que él hizo fue confesar sus pecados. El dijo que había pecado contra el cielo y contra su padre (Lc. 15:21). El tenía la sensación del pecado. El día que fuimos salvos no le dijimos a Dios que éramos pobres y ni que necesitábamos muchas cosas, sino que habíamos pecado contra El. Cuando el Espíritu Santo ilumina nuestros corazones, nos damos cuenta que somos pecadores perversos y malignos, y que estamos en una posición muy lamentable y peligrosa. Sólo cuando el Espíritu de Dios nos ilumina, admitimos que somos pecadores y que estamos en peligro. Antes de ser salvos nos creíamos más fuertes y mejores que otros. Pensábamos que todos estaban en tinieblas menos nosotros. Necesitamos ser iluminados para poder reconocer que somos pecadores. Cuando esto sucede, lamentamos profundamente nuestras acciones pasadas y nos sentimos condenados y llenos de remordimientos, al punto de aborrecer nuestras propias vidas. Sólo entonces nos damos cuenta de lo maligno que es el pecado, el cual se interpone como una barrera entre Dios y nosotros impidiendo que nos acerquemos para tener comunión con El. Sabemos que somos pecadores, pero como estamos en una posición opuesta a Dios no sabemos cómo reconciliarnos con El. Todo aquel que quiere ser salvo pasa por esto, porque solamente así recibe la predicación del evangelio.

Una persona antes de ser salva siente la abrumadora carga del pecado, y se da cuenta de cuán viles son sus pecados y del castigo que recibirá por ellos. Cuando el Espíritu Santo empieza a actuar en su corazón, la persona comprende que algo no está bien entre ella y Dios, y siente la necesidad de creer en Cristo. Posiblemente sólo oiga que si cree en Jesús será salva, pero unas pocas palabras empiezan a obrar en su interior y comprende que ésta es la salvación y el evangelio genuino; está dispuesta a entregar su ser entero a la palabra de verdad y confiar que por medio de ella obtendrá la salvación. Después de algún tiempo

de estudiar, aprender y buscar, recibe más luz acerca del proceso de la salvación. Entonces comprende lo precioso y maravilloso de ésta enseñanza. Esta es la experiencia por la cual muchos de nosotros pasamos. Cuando recién aceptamos al Señor Jesús, no entendíamos cómo era posible que un hombre pudiera ser salvo sólo por fe ni tampoco las otras verdades que están en la Biblia. Tuvo que pasar un tiempo considerable para que pudiéramos entender esto.

El justo y santo Dios juzgará al pecado de acuerdo a Su naturaleza santa. Para El es una obligación juzgar y condenar toda injusticia porque Su vida es justa. Dice Su palabra que todo aquel que peque ciertamente morirá, y que los que hacen tales cosas no vivirán. Nosotros hemos pecado y estamos llenos de iniquidad; así que, según la ley, El tiene que condenarnos. En lo que a la naturaleza santa de Dios se refiere, El no puede permitir que nadie que ha pecado viva; referente a Su obra, El es justo y hará morir a todo aquel que haya pecado; y concerniente a Su persona, El es un Dios de gloria, y los pecadores no pueden acercarse a El sin que mueran. Dios tiene que actuar de acuerdo a Su justicia, santidad y gloria. La gloria de Dios es mucho mayor de lo que podemos imaginar. Por esta razón en el Antiguo Testamento solamente dice que cuando Dios entró en el templo, éste se llenó con Su gloria. Dios es santo, y cuando se manifiesta Su gloria, retrocedemos porque estamos llenos de inmundicia. En el Antiguo Testamento los israelitas sólo podían entrar al tabernáculo por la expiación de la sangre. Cuando Dios actúa según el principio de justicia, santidad y gloria, nadie puede acercarse a El. Alabamos y damos gracias al Señor, porque por Su sangre podemos acercarnos a El confiadamente.

Nuestros pecados fueron juzgados antes de ser perdonados. Nunca obtenemos el perdón de pecados sin que Dios los juzgue primero. Nosotros recordamos muchos de nuestros pecados; y Dios no los ignora ni los encubre ni pasa por alto el juicio que merecen. Pero, ¡el cordero de la Pascua es nuestro! ¿Por qué Dios no pasó Su juicio sobre los primogénitos de los israelitas? Porque el cordero pascual recibió el juicio en lugar de ellos. Este juicio tampoco pasó sobre nosotros. El Cordero de Dios quita nuestros pecados. Si entendemos esto claramente, podremos decir con toda seguridad que somos salvos. Muchos se preguntan cómo pueden saber que son salvos. Permítanme decir esto: Dios es muy cuidadoso. El juzga al pecado conforme a Su justicia. Dijimos antes que la gracia no reina directamente, sino que lo hace por medio de la justicia. La gracia tampoco nos llega directamente, sino por medio de la cruz. Sin la cruz, sin el juicio y sin el castigo de Dios, no hay gracia. No piensen que Dios nos perdona porque le da compasión al ver nuestro arrepentimiento, nuestro dolor o nuestras lágrimas. Dios nunca reacciona ante estas cosas. Ni las lágrimas, ni el arrepentimiento ni las enmiendas harán que Dios nos perdone. Primero somos juzgados y después recibimos el perdón y la salvación.

Dice el título de un folleto: *La salvación por fe, no por la oración*. Recibimos la salvación no por la oración, sino por confiar plenamente en la muerte del Señor y en Su sangre preciosa, la cual nos limpia y nos redime de nuestros pecados y del castigo. Por consiguiente, no somos salvos por la gracia directamente, sino porque después de creer, merecemos ser salvos. Esto es la justicia. Qué lástima sería si tuviéramos que llorar y rogarle al Señor que nos salvara. Podemos lamentar y suplicar fervientemente sin saber que el Señor nos ha contestado. Sin saber que El quiso sacrificar Su vida para salvar a pecadores como nosotros. Si Dios no contestara nuestras oraciones, no podríamos juzgarlo de injusto, o decir que esta equivocado. Gracias a Dios que El envió al Señor Jesús a la tierra. El vino, murió en la cruz, resucitó y ascendió al tercer día, y así llevó cabo la redención. El murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. Desde ese día en adelante, Dios puede salvar a los pecadores. Desde entonces, todo el que cree en Su Hijo y lo recibe es salvo. Por tanto, sería injusto si no nos salvara. Tal vez decir esto suene presuntuoso, pero aun si Dios no quisiera salvarnos, lo tendría que hacer. El no puede retener Su salvación, pues ya aceptó la redención que el Señor realizó en la cruz. Nuestro Señor Jesús murió y pagó toda la deuda por el pecado. Por lo tanto, Dios tiene que salvarnos.

Me gusta mucho esta historia. Dos hermanas estaban jugando, y la menor le preguntó a la mayor cómo había sido salva. A esta pregunta la mayor le respondió que por la gracia de Dios. Luego, cuando ésta le hizo la misma pregunta a la menor, la muchacha le contestó que ella había sido salva por la justicia de Dios. Esta joven tenía razón. Dios aceptó la muerte y resurrección del Señor Jesús. El juicio y el castigo que nosotros merecemos, fue ejecutado en la cruz del Señor. Ahora podemos ser salvos por la justicia de Dios.

Con respecto al perdón, mucha gente ha olvidado que nuestra relación con Dios se halla dentro de los confines del pacto. ¿Recibimos la salvación y la liberación por la gracia? No. La recibimos por la justicia. Si un rico le diera a un pobre un cheque por diez mil dólares, todo lo que éste tendría que hacer cuando necesitara dinero es ir al banco y hacerlo efectivo. Esto es gracia. Pero si el pobre fuera al banco con el cheque y el banco se rehusara a cobrarlo, eso sería injusto. El rico no tenía porque darle al pobre un cheque por diez mil dólares. Pero si se lo hubiera dado y el banco no lo hubiera querido hacer efectivo; esto no sería falta de gracia, sino de justicia. El banco que se negó a pagar el cheque no sólo es injusto, sino que le falta integridad. El Señor fue crucificado, y si Dios no nos perdonara, sería injusto, y digo esto reverentemente. Si Dios no nos hubiera dado a Su Hijo, podríamos concluir que El no nos ama ni es benévolo con nosotros. Pero El nos dio a Su Hijo, quien murió por nosotros, fue crucificado, derramó Su sangre y pasó a través del juicio y el castigo de Dios. Si Dios no nos salvara, ¿no sería esto una injusticia? Dios nos salva conforme a Su justicia. Sin

embargo, no estamos exaltando la justicia de Dios, sino Su gracia y la cruz. Solamente la gracia más sublime puede realizar esto.

Algunas personas me preguntan cómo pueden saber si son salvas. Ellas no tienen la paz ni el gozo de la salvación que otros experimentan; por eso no se atreven a declarar que son salvas. ¿Ha recibido usted al Señor Jesús? Si lo ha hecho, entonces usted es salvo. Dios no puede pecar (lo digo de la manera más reverente); ni tampoco es injusto. Ser injusto es pecado. Puesto que Dios no puede pecar, tampoco puede ser injusto; así que El tiene que salvarnos. Cuando el Señor Jesús fue crucificado, derramó Su sangre y fue juzgado y castigado; nosotros fuimos juzgados y castigados juntamente con El. Por tanto, Dios no puede castigarnos ni enviarnos al lago de fuego. El tiene que salvarnos porque hemos creído en Jesús y lo hemos aceptado como nuestro Salvador y Redentor. Hermanos, esto es todo lo que puedo decir al respecto. Dios está restringido por Su pacto, no tiene libertad. Todo aquel que ha creído en Su Hijo; es salvo. ¿Duda usted todavía de que El pueda salvarlo?

Permítanme hacerles una pregunta. ¿Están ustedes seguros de que sus pecados han sido perdonados? ¿Creen que van a perecer? Ustedes creyeron y aceptaron al Señor Jesús, sin embargo, ¿no saben si son salvos? ¿Aún creen que van a perecer? En verdad les digo, aun si la tierra y el cielo pasaran, si hemos creído y recibido al Señor Jesús, nunca pereceremos. El diablo no puede hacer que perezcamos, ni los ángeles pueden impedir que seamos salvos; ni aún Dios mismo tiene el poder para hacernos perecer (lo digo de la manera más reverente). Incluso, si nosotros quisiéramos perecer y ya no ser salvos, no podríamos.

¿Qué dice Hebreos 8:12? “Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados”. Esto indica que Dios, en Cristo Jesús, nos perdonó. Dios es propicio a nuestras injusticias, porque Cristo murió por nosotros. Dice al final del versículo: “Y nunca más me acordaré de sus pecados”. ¿Qué significa esto? ¿Por qué Dios no se acordará de nuestros pecados? ¿Quiere decir esto que El ya los olvidó? ¡Exacto! Muchas veces sucede que las cosas que Dios recuerda, nosotros las olvidamos; y las cosas que Dios olvida, nosotros las recordamos. Dios olvidó nuestros pecados, al punto que se desvanecieron como las nubes o el humo. Dios dice que El borró nuestros pecados y que no ha quedado ni rastro de ellos. Desafortunadamente, muchos todavía los recuerdan. Ellos creen que sus pecados son tan terribles que Dios no los puede olvidar ni perdonar. Muchos tienen una memoria muy buena incluso mejor que la de Dios. Ellos creen que Dios usó un borrador para borrar sus pecados, y que cuando El ve la marca que estos dejaron, se acuerda de ellos. Por medio de la sangre del Señor Jesús, Dios olvidó todos nuestros pecados, grandes y pequeños, los que todavía recordamos y los que ya olvidamos, los que cometimos por ignorancia y

los que hicimos intencionalmente, de tal manera que es como si nunca hubiéramos pecado. Todo aquel que haya escuchado este evangelio, dirá: ¡Aleluya! ¡Este es el más grande evangelio que he oído! Por medio del Señor Jesús, Dios olvidó los pecados de todo aquel que ha creído en El. La sangre del Señor Jesús lavó todos nuestros pecados.

En el pacto está estipulado el perdón de nuestros pecados. ¡Aleluya! Dios hizo un pacto con nosotros con el fin de perdonar y olvidar nuestros pecados. ¿No está seguro de su salvación? ¿Teme perecer? Simplemente dígame a Dios: “Señor, Tú hiciste un pacto conmigo. ¿Has olvidado que tienes que perdonarme? Por favor, cumple Tu promesa”. Inmediatamente después de orar así, sentirá la seguridad de su salvación. Como dijimos anteriormente, no es por rogar fervientemente que recibimos el perdón de nuestros pecados, sino por ese derecho adquirido por medio de la sangre.

En Hebreos 10:1-2 dice: “Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente año tras año, perfeccionar a los que se acercan. De otra manera, ¿no habría cesado de ofrecerse, por no tener ya los adoradores, una vez purificados, conciencia de pecado?” Puesto que nuestra conciencia ha sido purificada, ya no tenemos conciencia de pecado. Los sacrificios que se ofrecían año tras año no pudieron hacer esto, solamente la sangre del Señor Jesús lo pudo lograr. Cuando Dios ve la sangre, se olvida de nuestros pecados y hace que no tengamos más conciencia de ellos. Antes de ser salvos, éramos muy sensibles a la acusación de nuestra conciencia por nuestros pecados y no había manera de callarla. Después que recibimos al Señor Jesús, entendimos que Su sangre fue derramada para redimirnos. El sufrió, en nuestro lugar, el castigo por el pecado que nosotros merecíamos, hasta el punto de morir. Desde ese momento, nuestra conciencia ya no recuerda ni sufre por causa del pecado. Puesto que nuestra conciencia está limpia, no estamos conscientes de pecado. Si no adoramos a Dios por esto, no hay nada más que hacer, pues es una indicación que no tenemos la seguridad de ser salvos ni de tener vida eterna. Estamos a la deriva. Tenemos que sostenernos sobre nuestros pies antes de poder correr. De igual manera, si no estamos firmemente establecidos sobre la base de la salvación, nunca podremos avanzar ni correr la carrera espiritual que está delante de nosotros. Por lo tanto, cuando partimos el pan, no podemos alabar, regocijarnos ni adorar a Dios como los demás, porque muy dentro de nuestro corazón no tenemos la seguridad de la salvación. Gracias al Señor por Su sangre, la cual nos limpia de nuestros pecados, de tal manera que nuestra conciencia ya no es perturbada por ellos. Ahora podemos disfrutar de la gracia y del amor ilimitado de nuestro Dios.

En 1 Juan 1:9 dice: “Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda injusticia”. ¿Sabe usted qué es fidelidad y qué es justicia? La fidelidad se relaciona con la palabra de Dios, mientras que la justicia tiene que ver con Sus actos. Dios es fiel a todo lo que dice, y es justo en todas Sus acciones. ¿Por qué Dios perdona nuestros pecados y nos limpia de toda injusticia? Porque Sus palabras son fieles. El dijo que nos perdonaría, y lo ha hecho. Más aún, Sus actos son justos. Puesto que El envió a Su Hijo, quien sufrió el castigo en nuestro lugar para quitar nuestros pecados, tiene que limpiarnos de toda injusticia. Por causa de Su promesa fiel, El tiene que perdonarnos. Conforme a Sus hechos justos, El tiene que considerar la muerte de Su Hijo como nuestra muerte, y el juicio y castigo que Su Hijo sufrió, como el nuestro. El es justo y no puede cobrar la misma deuda dos veces. No puede pedir que el Señor Jesús pague la deuda, y después querer que nosotros la paguemos también. El no hace tal cosa. Si hiciera esto, sería injusto. Por lo tanto, por ese pacto que hizo con nosotros, podemos pedirle que nos perdone y nos limpie.

Hermanos, cuando confesamos nuestros pecados y le pedimos a Dios que nos perdone, ¿ustedes creen que El contestará o rehusará hacerlo según le parezca? No. El no puede hacer esto, porque éste es un legado que está en el testamento. Según el pacto, si confesamos nuestros pecados, Dios tiene que perdonarnos y limpiarnos de nuestros pecados e injusticias. Si confesamos nuestros pecados de acuerdo al pacto, Dios no los recordará sino que será propicio a nuestras injusticias.

¿Sabemos cómo hablar con Dios según el pacto? ¿Seremos capaces de asirnos de este convenio para decirle con valentía: “Tu pacto afirma que si confesamos nuestros pecados, Tú nos perdonarás y nos limpiarás de toda injusticia. Vengo delante de Ti a confesar mis pecados. Por favor perdóname y límpiame de toda injusticia”? La Biblia no dice que nuestros pecados serán perdonados solamente si oramos hasta sentir paz. Tampoco dice que sino tenemos paz después de haber orado, nuestros pecados no han sido perdonados. Este tipo de enseñanza no está en la Biblia. Tenemos que entender que cuando Dios hizo un pacto con nosotros, Su intención fue que habláramos con El usando las palabras del pacto. El quiere que pidamos por fe. Cuando le pedimos a Dios que cumpla Su palabra, no estamos rogando por misericordia, sino reclamando la porción que, según el pacto, nos corresponde legalmente. Gracias a Dios que en este pacto está el perdón.

Podemos llorar y lamentarnos porque pecamos. Podemos odiar el pecado y proponernos no pecar nunca más reconociendo que éste nos hace sufrir, y decir que no nos atrevemos a venir ante Dios porque pecamos. Pero hacer esto no nos hace piadosos. Si creemos que por odiar, llorar y lamentarnos por nuestros

pecados seremos perdonados más fácilmente, no estamos confiando en la Palabra de Dios.

El señor Smith, escritor del libro *La clave para tener una vida cristiana feliz*, preguntó una vez a una joven creyente, qué sucedería si volviera a pecar y qué pensaba que haría Jesús si esto ocurriera de nuevo. Ella respondió que Jesús la haría sufrir por un tiempo y luego la perdonaría. No piense que ésta es una respuesta infantil. Muchos adultos tienen la misma idea. Creen que después que han pecado, para poder ser perdonados, tienen que sufrir por un tiempo. Hermanos, la sangre hace posible que seamos perdonados, no nuestras lágrimas ni lamentaciones. El perdón no viene después de esperar hasta no sentir más remordimiento o hasta que sintamos paz. El perdón es algo que está incluido en el pacto de Dios. Dios prometió que por medio del derramamiento de la sangre del Señor Jesús, El perdonaría nuestros pecados y nos limpiaría de toda injusticia. En el momento que creemos en el Señor Jesús, y lo recibimos como nuestro Salvador, Dios nos perdona y es propicio a nuestros pecados conforme al pacto que hizo con nosotros. ¿Quién no tiene paz en su corazón todavía? ¿Quién teme que sus pecados aún no hayan sido perdonados? No debemos pensar que nuestro Dios es inaccesible ni que tiene libertad de hacer lo que desee. El está limitado por Su pacto. Todo lo que tenemos que hacer es pedir según este convenio y hablar con El basándonos en las promesas que se encuentran en éste.

¿Qué rodea el trono de Dios? Un arco iris. Mientras éste permanezca alrededor del trono, Dios contestará la oración que hagamos basándonos en el pacto. En Apocalipsis 4:3 dice que alrededor del trono estaba un arco iris. En la tierra sólo vemos un extremo de éste, pero en el cielo se ve completo. ¿Qué significa el arco iris? Es la señal del pacto que Dios hizo con Noé. Dios le dijo a Noé que cuando viera el arco iris aparecer en las nubes, se acordaría del pacto eterno que hizo con las criaturas vivientes de la tierra. La señal del pacto rodea el trono. El pacto está alrededor de Dios. Por lo tanto El tiene que contestar nuestras oraciones. Cuán maravilloso es que Dios nos haya dado el asa de la que podemos echar mano.

¿Quién tiene todavía pecados que no haya resuelto? Debemos traer nuestros pecados delante de Dios, asirnos de Su Palabra y creer en El de acuerdo a Su pacto. Si hacemos esto, veremos que Dios actúa conforme a Su palabra. En “aquel día” veremos cómo la gracia y el amor de Dios fluyen en los cielos hacia nosotros por la eternidad. Hemos perdido muchas bendiciones espirituales y el reposo, porque no hemos visto que Dios ha establecido un pacto con nosotros. Cuando hablamos con El de acuerdo a este convenio, Dios responde. Si no hemos recibido, aún sabiendo esto, es porque no tenemos fe ni hemos actuado conforme al pacto. Pidamos con fe asidos de este pacto y recibiremos las

bendiciones espirituales y el reposo que Dios nos ha prometido. Entre más pronto actuemos, mejor.

CAPITULO SIETE

EL NUEVO PACTO

(7)

Lectura Bíblica: Mt. 26:28; He. 8:10-12

Hemos leído Hebreos 8 muchas veces. Al estudiar esta porción cuidadosamente, vemos que contiene tres promesas: (1) la ley se impartirá en nuestra mente y se escribirá sobre nuestro corazón, para que Dios sea nuestro Dios, y nosotros Su pueblo. (2) El propósito de la ley que está en nuestro corazón es que conozcamos a Dios. No solamente la voluntad y los mandamientos de Dios, sino *conocer a Dios*. (3) Dios será clemente a nuestras injusticias, perdonando nuestros pecados. En el quinto mensaje sobre El nuevo pacto, el orden está invertido. Primero se menciona la limpieza; segundo, el conocimiento; y tercero, la vida y el poder, porque de acuerdo con nuestra experiencia espiritual, primero fuimos limpiados y perdonados, luego obtuvimos el disfrute de la vida y el poder de Dios, y finalmente el conocimiento de Dios.

El pensamiento de Hebreos 8:10 no se interrumpe hasta el final del versículo 11. El versículo 12 es un nuevo comienzo. Al principio del versículo 12 aparece la palabra “porque”. Esto significa que el perdón ya se efectuó. Dios es propicio a nuestras injusticias y perdona nuestros pecados, luego El pone la ley dentro de nosotros y la inscribe sobre nuestro corazón y, como resultado de esto, conocemos a Dios. Este conocimiento de Dios llenará la tierra como el agua, de manera que nadie enseñará a su prójimo, ni ninguno llevaría a su hermano a conocer a Dios. Por eso el orden en nuestra experiencia espiritual es: (1) limpieza, (2) vida y poder, y (3) conocimiento.

En Filipenses 3, Pablo nos habla de su experiencia. El primero recibió la justicia de Dios; fue justificado no por su propia justicia; luego estimó todas las cosas como pérdida para ganar a Cristo y conocer al Señor. Conocer a Dios viene después de ser perdonado. El perdón se lleva a cabo una sola vez, pero el conocimiento de Dios aumenta día tras día. Examinemos ahora la segunda fase de nuestra experiencia espiritual, la cual es la vida y el poder. Particularmente hablaremos acerca de la vida.

COMO TENER VIDA Y PODER

En Hebreos 8:7 dice: “Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, no se hubiera procurado lugar para el segundo”. Para Dios, el primer pacto era defectuoso y débil; no tenía ni el poder ni la forma para que nosotros pudiéramos guardar los mandamientos de Dios. En lo que al primer pacto se refiere, Pablo también dijo en el libro de Romanos que la ley era santa (7:12), pero que no podía lograr mucho. El poder del primer pacto era deficiente. Por esta causa necesitamos el segundo pacto.

¿Por qué el primer pacto era defectuoso? Leamos Hebreos 8:8-9: “Porque encontrándoles defecto dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que concertaré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto; no conforme al pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en Mi pacto, y Yo me desentendí de ellos, dice el Señor”. Por lo tanto, cuando el Señor los tomó de la mano para sacarlos de Egipto, ellos no permanecieron en Su pacto. Lo cual quiere decir que ellos debían continuar siendo fieles, pero no fue así. Aunque se propusieron seguir al Señor, no lo hicieron fielmente. A pesar de que fueron avivados, no pudieron mantener ese avivamiento día tras día. Posiblemente prometieron leer la Biblia diariamente, pero no lo pudieron cumplirlo. Este era el problema que tenía el antiguo pacto.

En Exodo 19:5 dice: “Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra”. Esto es lo que Dios les dijo a los israelitas. El versículo 8 dice: “Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos”. Ellos afirmaron inmediatamente que guardarían las palabras de Jehová. Leamos Exodo 24:8: “Entonces Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas”. Todo lo que se narra desde el capítulo diecinueve hasta el versículo 8 del capítulo veinticuatro son las palabras del pacto que Dios hizo. Moisés dijo que esa era la sangre del pacto, y el pueblo respondió que harían todas las palabras que Jehová había dicho (24:3). Hermanos, la ley de Dios en Exodo del 19 al 24, dice que no debemos tener otros dioses ni adorar ídolos. Por favor recuerden que Exodo 19 al 24 comprende la totalidad del pacto. Sin embargo, para el capítulo treinta y dos, aun antes de que Moisés les entregara las tablas del pacto en el monte Sinaí, los israelitas hicieron un becerro de oro y lo adoraron. Las tablas del pacto estaban todavía arriba en la montaña, y los israelitas ya lo habían traicionado. ¡Ellos estaban adorando al becerro de oro al pie de la montaña! Esto nos muestra que no pudieron guardar la ley de Dios. Esta es la deficiencia que tiene el antiguo pacto.

Por lo tanto, el antiguo pacto nos muestra que podemos proponernos hacer algo, podemos entusiasmarnos mucho y aun declarar a Dios a toda voz que prometemos hacer Su voluntad, pero esto es temporal. Aun si guardamos la ley por unos cuantos días, ese esfuerzo no durará. Podemos descubrir las enseñanzas de la Biblia, pero no guardar sus mandamientos; contemplar la gloria de Dios sobre el monte Sinaí, pero no el pecado al pie de la montaña. Podemos levantarnos temprano a orar y leer la Biblia; sin embargo, olvidarnos de Dios al llegar a la oficina, al hospital, a la escuela o aun en la casa. Esto nos muestra que puede haber un buen comienzo, pero no un buen final. Este es el antiguo pacto. Por eso, Dios nos ha dado un nuevo pacto, el cual está dentro de nosotros. En 2 Corintios 3 dice que la ley fue escrita previamente en tablas de piedra; pero que ahora ha sido escrita en nuestro corazón. Hoy el nuevo pacto es el evangelio excelente. Este nuevo pacto es completamente diferente del antiguo pacto. En el nuevo pacto, el que da los mandamientos es Dios y el responsable de guardarlos es también Dios. En el antiguo pacto, Dios dio los mandamientos y la ley, pero el hombre tenía que guardarlos. En el nuevo pacto El que hizo la ley fue Dios, y el que la guarda también es Dios.

Muchos cristianos no conocen este evangelio; sin embargo, conocen el evangelio del perdón de pecados. Ellos han oído acerca de la muerte del Señor Jesús y de la sangre que El derramó para salvarnos y perdonar nuestros pecados, y tienen fe y se aferran a esto. Creen en esta parte del nuevo pacto y aun la predicán. Saben que Dios es clemente ante la iniquidad y el pecado. Sin embargo, es sorprendente ver que el hombre sólo cree en la tercera parte del nuevo pacto y deshecha lo demás. El pecador común piensa que para ser salvo debe esforzarse por hacer el bien. Esto se debe a que nunca ha escuchado el evangelio genuino. Pero nosotros ya no pensamos así. Sabemos que somos hijos por la promesa, no por obras; y que por medio de Jesucristo, Dios prometió perdonar y olvidar todos nuestros pecados. Sabemos además que cuando creemos en El, conforme a Su palabra, nos perdona los pecados. Es sorprendente que sepamos que somos salvos por la palabra de Dios, no por nosotros mismos; y sin embargo creer que para vencer tenemos que luchar y esforzarnos mucho.

Hermanos, ser salvos y vencer son hechos que pertenecen al mismo pacto. Este pacto nos da el poder para seguir adelante en el camino que está ante nosotros. Vencer el pecado, obedecer a Dios y ser llenos del Espíritu Santo, son hechos que están en este pacto. De la manera en que recibimos la gracia del perdón, recibimos la gracia para vencer el pecado; y así como nuestros pecados son perdonados, así los vencemos. Cuando vemos que por nosotros mismos no seremos perdonados, nos damos cuenta que somos débiles, incapaces de hacer el bien e impotentes para vencer al pecado. En el antiguo pacto Dios tomó de la mano a los israelitas y los sacó de Egipto. Dios ahora nos toma de nuestro corazón y nos guía fuera de Egipto. Antes Dios ponía la ley en manos de Su

pueblo; ahora la pone en nuestro corazón. Existe algo misterioso en nosotros que nos indica lo que es de Dios y lo que no es de El.

Dios pone el poder dentro de nosotros, y nos fortalece para vencer. Ezequiel 36 y Jeremías 31 son pasajes muy similares que se refieren a la salvación de los judíos durante el milenio; con la diferencia que ciertos puntos son más claros en Jeremías que en Ezequiel, y viceversa. Hebreos 8 es una cita de Jeremías 31. Por eso decimos que estos dos pasajes son similares.

En Ezequiel 36:25 dice: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré”. Este versículo tiene el mismo significado de Hebreos 8 en el cual dice que El será propicio a nuestras injusticias, y limpiará nuestras iniquidades.

En Ezequiel 36:26-27 dice: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y *haré* que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra”. Presten atención a la palabra *haré* en el versículo 27. Esta palabra es un verbo. ¿Pueden ver la gloria en los versículos 26 y 27? Esta es la explicación de Jeremías 31. El versículo 26, menciona nuestro espíritu, mientras que el 27 hace alusión al Espíritu de Dios. El segundo Espíritu no es nuestro espíritu, sino algo que Dios nos da. Por consiguiente, tenemos un nuevo espíritu, un nuevo corazón y al Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos capacita para hacer la voluntad de Dios y guardar Su ley. La ley que se escribió sobre las tablas de piedra es algo externo. Nosotros no somos compatibles con esa ley. Por eso no podemos guardar los mandamientos de Dios. Hoy Dios no sólo escribió la ley en nosotros, sino que nos dio un espíritu nuevo, un corazón nuevo y Su Espíritu Santo, el cual nos hace obedecer. Esto es la regeneración. No solamente tenemos un nuevo espíritu que nos capacita para tener comunión con Dios, sino también un nuevo corazón, el cual nos permite amar a Dios y a todo lo que es espiritual. Este nuevo corazón desarrolla en nosotros amor hacia Dios; lo cual no sucede con el corazón de piedra. No sólo tenemos un nuevo espíritu y un nuevo corazón, sino también el Espíritu Santo. Este Espíritu hace que nuestro nuevo corazón tenga la *fortaleza* para amar a Dios, y que nuestro nuevo espíritu tenga el poder para tener comunión con El.

¿Por qué además del espíritu nuevo y del corazón nuevo Dios tiene que darnos el Espíritu Santo? Es fácil entender esto si conocemos la función de nuestro cuerpo. Nuestro cuerpo produce acciones voluntarias e involuntarias. Por ejemplo, para mover nuestras manos y nuestros pies necesitamos nuestra voluntad. Estas son acciones voluntarias. Pero otras acciones, como por ejemplo la digestión, son realizadas metabólicamente por los órganos internos y no están

bajo nuestro control. Estas son acciones involuntarias. Las acciones voluntarias son controladas por la voluntad; mientras que las acciones involuntarias, son espontáneas y están controladas por la ley natural. En el momento de ser salvos recibimos un espíritu y un corazón nuevo. Esto es algo “involuntario”, pues éstos operan espontáneamente según sus nuevas funciones y deseos. Sin embargo, Dios no nos ha dado únicamente esto, sino que también nos dio el Espíritu Santo para que seamos guiados, recibamos revelación y confiemos en Su poder totalmente. Estas cosas se realizan por medio del ejercicio de la voluntad y de la actividad de la conciencia. Dios desea que, espiritualmente, tengamos un vivir tanto voluntario como involuntario. Si no entendemos la voluntad de Dios, y no seguimos la guía del Espíritu Santo, el Espíritu se contristarán. Esto impedirá que recibamos la dirección y la revelación del Espíritu Santo, y que la acción voluntaria de la vida espiritual se detenga. Por supuesto, las acciones espontáneas e involuntarias de la vida espiritual no cesarán. Sin embargo, sin el poder del Espíritu Santo, el nuevo espíritu y el nuevo corazón se debilitarán.

Dios no solamente nos ha dado un espíritu nuevo y un corazón nuevo, sino también el Espíritu Santo. Además, ha puesto la ley dentro de nosotros, inscribiéndola en nuestro corazón para que nuestra vida espontáneamente anhele a Dios. Al mismo tiempo, el Espíritu Santo de Dios dentro de nosotros, nos capacita para realizar lo que nuestro espíritu percibe y lo que el corazón desea.

En la ciudad de Kuling, en Kiukiang, había un hermano que era electricista. Estaba en una denominación y no estaba seguro de que fuera salvo. Después de estudiar con nosotros la Biblia, entendió que era salvo. Teníamos unos cinco o seis años de conocernos. Un día le compartí una experiencia relacionada con el Espíritu Santo, y para mi sorpresa, me dijo que él había experimentado lo mismo, aunque nunca antes había leído ese versículo. Me dijo que él tenía un “mayordomo” en su interior (refiriéndose al Espíritu Santo), que le decía cuando algo no estaba bien. Este hermano cuando leía un versículo, lo hacía con mucha dificultad. A pesar de eso, tenía el Espíritu Santo dentro de él, guiándolo e instruyéndolo como un mayordomo. ¿No debería ser ésta la experiencia de todo cristiano?

Muchas veces no sabemos como reaccionar ante situaciones que se presentan. No obstante, antes de emprender alguna acción, sabemos que algo no anda bien. Sin embargo, no es nuestra conciencia la que nos está indicando esto, pues ésta sólo interviene después de que hemos hecho algo malo, sino la ley de Dios. En ocasiones, cuando estamos muy animados hablando con alguien, algo dentro de nosotros nos frena y no nos deja continuar, aunque lo que vayamos a decir sea bíblico y no afecte la moral. Sentimos algo dentro de nosotros que nos detiene y

nos dice que no hablemos más. Desconocemos la causa, pero si obedecemos este sentir, experimentamos paz. Si no hacemos caso y continuamos hablando, nuestra conciencia nos acusa de haber hecho mal. Esta es la ley en nosotros que inconscientemente nos detiene.

Permítanme contarles otra historia. Había un hermano que le gustaba dar hospitalidad a todo creyente y obrero cristiano. El invitaba a comer o daba dinero a todo predicador que conocía. Una vez, un pastor graduado en Estados Unidos se encontraba predicando en su capilla. Este no predicaba el evangelio del Señor Jesús, sino un evangelio social. Después de la reunión, el hermano del que hablamos anteriormente, quiso ir a saludar al predicador; pero dentro de sí sintió que no debía hacerlo. Después de permanecer indeciso por un rato, decidió obedecer el sentir interior. Hermanos, esta es la ley inscrita dentro de nosotros, no la ley escrita sobre tablas de piedra. Este hermano me preguntó después si podía ir a ver a aquel pastor. Yo no le di mi opinión. Lo que hice fue citar Gálatas 1:8, donde dice que si alguien predica otro evangelio diferente del nuestro, sea anatema. Pablo no fue el único que dijo esto; también Juan lo dijo. A Juan se le llamó el apóstol del amor. El amor por lo general hace a una persona ingenua. Sin embargo, Juan dijo que si algún hombre no predica esta enseñanza, no debemos recibirlo en nuestra casa, ni siquiera lo debemos saludar (2 Jn. 10). Entonces el hermano me dijo: “Ahora sé que la guía y la ley que están en mí son correctas”.

Hermanos, fue el Espíritu Santo el que inspiró a los hombres para que escribieran la Biblia, y es también este Espíritu Santo el que nos da el sentir interior. Si somos fieles y honestos y seguimos la guía interior, Dios nos continuará guiando. En ocasiones cometemos errores por nuestros prejuicios. No estoy diciendo que no debemos prestar atención a la Biblia, sino que debemos juntar la enseñanza de la Biblia con el sentir interior, para discernir si estamos haciendo lo correcto. El Espíritu Santo guía a los creyentes. Lamentablemente, ellos no están dispuestos a dejarse guiar por El. Muchos leen la Biblia como si estuvieran leyendo un libro sin vida. Para ellos, leer la Biblia es como memorizar los Diez Mandamientos, pues allí no se puede ver la guía del Espíritu Santo. No estoy menospreciando la Biblia; mi interés es que podamos unir la guía del Espíritu Santo con las enseñanzas de la Palabra. Sin embargo, es increíble como muchos no cuentan con ninguna otra guía aparte de la Biblia. Estos están siguiendo al Señor sin que el Señor les hable.

La razón por la cual tantos hermanos y hermanas no reciben nuevas verdades, es porque rechazan y se rehusan a ser guiados por la luz, dando como resultado, que Dios los prive de ella. Dios ha puesto la ley dentro de nosotros y está constantemente testificando la verdad. Si rechazamos este testimonio, estaremos en tinieblas constantemente. Alguien dijo que la iluminación del

Espíritu Santo es como la luz, mientras que nuestro ser interior es como el vidrio. Si el vidrio no está limpio, se opaca, recibiendo cada vez menos luz. La causa por la que muchos no reciben la verdad es porque la rechazan. El Espíritu Santo tiene la responsabilidad de mostrarnos interiormente lo que es de Dios.

LA CARACTERISTICA BASICA DE LA GUIA DE DIOS

Todas las cosas del hombre, del mundo, de Satanás y de la carne, vienen de *afuera*; y todas las cosas de Dios y del Espíritu Santo, vienen de *adentro*. Si nos enfrentamos con algo que se origina en nuestra mente y es muy superficial, debe provenir del exterior. Si es la guía de Dios, la cual es más profunda que lo que sentimos, proviene del interior y es una sensación que no puede ser eliminada ni pasada por alto. Cuando nuestra mente es frágil, olvidamos fácilmente los versículos que hemos memorizado; y si estamos cansados, no podemos ni leer la Biblia. Hay ocasiones en que estamos en una situación que no nos permite buscar el consejo de otros ni consultar la Biblia. Sin embargo, dentro de nosotros se encuentra una ley viviente guiándonos, cuya guía es espontáneamente compatible con la enseñanza de la Biblia. Esta es la experiencia de muchos. Si seguimos constantemente la dirección de Dios, gradualmente sentiremos con más claridad la guía de la ley interior de Dios. Dios hizo un pacto con el fin de poner esta ley dentro de nosotros y guiarnos; por eso, nosotros debemos asirnos de este convenio y decirle: “Señor, Tu ley está dentro de mí; por lo tanto, debo conocer Tu voluntad”.

LA DIFERENCIA ENTRE LA VOLUNTAD DE DIOS Y EL DESEO DE SU CORAZON

Tenemos que conocer la voluntad de Dios punto por punto. Sin embargo, conocer el corazón de Dios es diferente. Un hermano inglés, cuya experiencia del Señor era profunda y quien conocía bien a Dios, dijo en cierta ocasión que no sólo podemos conocer la voluntad de Dios, sino también Su corazón. No menospreciamos la voluntad de Dios; pero para conocer Su voluntad, tenemos que buscarle de todo corazón. Sin embargo, el corazón de Dios es nuestro. Es algo que conocemos sin tener que buscarlo conscientemente. Un misionero occidental decía, que cuando él tomaba leche, oraba para saber si debía poner una o dos cucharaditas de azúcar en la leche. No es necesario hacer esto. Nosotros tenemos el corazón de Dios y debemos conocerlo. Dios nos dio la Biblia como guía, y también la ley interior para que podamos conocer Su corazón. Cuando estamos pasando por una crisis, debemos buscar la voluntad de Dios. En nuestra vida diaria podemos actuar según el corazón de Dios sin necesidad de preguntarle, pues somos aquellos que ya tenemos Su corazón dentro de nuestro ser. Esto es glorioso.

Los hombres del Antiguo Testamento tenían que consultar la ley y los profetas para poder estar seguros de la voluntad de Dios. Pero nosotros tenemos un profeta en nosotros que nos dice lo que debemos hacer. También contamos con una ley que no es exterior. El profeta y las regulaciones exteriores no fueron puestos sobre nosotros; por el contrario, somos instruidos por Dios desde nuestro interior, quien causa en nosotros una sensación indecible que no es un sentimiento. Esto es lo que los creyentes experimentan a diario. ¿Tenemos nosotros tal experiencia? Tal vez no la tengamos a diario, pero sí muchas veces en nuestra vida.

EL SEÑOR JESUS ES EL ARCA

Las primeras tablas de la ley inscritas sobre piedra que Moisés recibió; se hicieron pedazos. Las segundas, fueron colocadas en el arca, la cual es un tipo del Señor Jesucristo. Dios ordenó que la sangre fuera rociada sobre el arca, y Su gloria se manifestó sobre ella. Fue desde ahí que Dios le habló al hombre. Todo esto es un cuadro del Señor Jesús.

El Señor Jesús vivió una vida en el arca. “Las palabras que Yo os hablo, no las hablo por Mi propia cuenta, sino que el Padre que permanece en Mí, El hace Sus obras” (Jn. 14:10). “Porque he descendido ... no para hacer Mi propia voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Jn. 6:38). Podemos ver aquí cómo el Señor Jesús obedeció la palabra de Dios e hizo la voluntad del Padre. El actuó no sólo de acuerdo a la enseñanza de la Escritura, sino según la ley interior en El. Es preferible seguir la guía del Espíritu Santo que la letra muerta de la Biblia. El capítulo once de Juan menciona que el Señor Jesús resucitó a Lázaro. El capítulo doce nos habla del día más glorioso que el Señor tuvo en la tierra; no sólo porque resucitó a Lázaro, sino porque los griegos vinieron a El. Sin embargo, aun si ellos no hubieran venido a El; ni Lázaro hubiera resucitado ni hubiera recibido gloria al entrar en Jerusalén, El dijo: “Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto” (Jn. 12:24). Después declaró: “Ahora está turbada Mi alma, ¿y qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Mas para esto he llegado a esta hora” (Jn. 12:27). Esto salió del corazón del Señor Jesús. Los demás podían pensar que éste era Su mejor momento. Pero El pensaba que si el grano de trigo no moría, quedaría solo. En Su corazón dijo: “Ahora está Mi alma turbada; ¿y qué diré?” El no dijo inmediatamente lo que quería decir, en vez de eso clamó: “Padre, sálvame de esta hora”. Pero ¿era esto posible? No. Porque El había venido para esa hora. ¿Qué hizo entonces? El versículo 28 dice: “Padre, glorifica Tu nombre”. El Señor no dijo: “Padre, líbrame de esta hora”. Hermanos, vemos aquí la vida que está dentro del Señor Jesús. El era guiado por el Espíritu de Dios. El verdaderamente es el arca.

El arca estaba cubierta de oro por fuera, lo cual significa la divinidad del Señor. Dentro del oro estaba la madera de acacia, la cual representa la humanidad del Señor. Por lo tanto, el Señor tiene el cuerpo de un hombre y la santidad de Dios. Pero dentro de El se encuentra la ley, la cual tiene más significado que los atributos exteriores que son vistos y entendidos por el hombre. Los fariseos sólo vieron la ley que se encontraba en un lugar alto de la sinagoga. No vieron la ley dentro del Señor Jesús. Hoy entre nosotros hay muchos que no conocen la voluntad de Dios, y que no saben cómo actuar ante ciertas circunstancias. Permítanme decir que el perdón no es lo único que está en el nuevo pacto. La ley, la guía, el nuevo espíritu y el Espíritu Santo que están en nuestro corazón son también parte de este convenio. Es una pena que muchos sólo dan énfasis a la parte que habla de la salvación. En muchas partes la gente se conforma con escuchar el evangelio y ser salvos. Pero Dios no únicamente nos ha dado el evangelio de salvación. ¿Por qué no edificar una mansión que cubra completamente el lote que nos ha sido asignado a través de los logros de Dios? ¿Por qué conformarnos con una diminuta cabaña que sólo ocupa una pequeña porción del terreno dejando las otras partes vacías?

Podemos orar por muchas cosas, y usualmente sabemos por qué estamos orando. No digo que la enseñanza de la Biblia no sea importante; sino que la guía interna es más preciosa que la externa. Muchas personas admiten que no saben como actuar ante ciertas situaciones, ni que hacer cuando se dan cuenta que han cometido un error. La respuesta es que tenemos un corazón nuevo, un espíritu nuevo, el Espíritu Santo y la ley interior. Algunas personas preguntan: “¿Por qué en nuestra experiencia y en nuestra vida diaria todavía estamos viviendo como los israelitas del Antiguo Testamento? ¿Por qué todavía necesitamos la guía exterior?” Permítanme hacerles una pregunta: “¿Por qué se escribió el libro de Hebreos?” Por causa de los cristianos hebreos. Estos estaban en el Nuevo Testamento, pero vivían según el Antiguo. El propósito y la meta del libro de Hebreos es mostrarnos que no necesitamos seguir viviendo la vida del Antiguo Testamento; y guiarnos a salir de la experiencia del Antiguo Testamento e introducirnos en la experiencia del Nuevo. Muchos cristianos todavía viven según el Antiguo Testamento, a pesar de que han experimentado la salvación, recibido la vida eterna y el perdón de pecados. ¡Alabado sea Dios que para sacarnos de Egipto ya no nos toma de la mano, sino de nuestros corazones!

Algunos preguntan por qué en el Antiguo Testamento, los hombres podían ver a Dios y escuchar Su voz directamente, mientras que nosotros hoy sólo agradecemos a Dios porque ellos lo vieron y escucharon Su voz. En el Nuevo Testamento esto no es necesario. Dios está escondido. El está ahora en nosotros. Sé muy bien de lo que estoy hablando. Lo interior ha sustituido las emociones y actividades exteriores. Esta vida interior nos vuelve normales, al punto que los

hombres no se sorprenden al vernos. Cuanto más avanzamos en nuestra vida cristiana, más profunda se vuelve nuestra experiencia y recibimos la bendición de conocer a Dios. A medida que progreseemos, más subjetiva será nuestra experiencia y más de Dios tendremos. Por causa de este pacto, Dios tiene que concedernos lo que necesitamos diariamente, pues la sangre del Señor Jesús ha pagado el precio, y la fidelidad y la justicia de Dios garantizan que todas las cosas que están en este pacto son nuestras. Por lo tanto, debemos hablar con Dios, orar y asirnos con fe de las promesas de este pacto.